



DESPLEGADO

# VERBUM

ORGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR  
CARMELO M. BONET

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
FLORIAN OLIVER

AÑO VIII

BUENOS AIRES, JUNIO DE 1914

NÚM. 23

23

## Lecciones populares sobre Parsifal (1)

Señoras y señores:

La "Asociación Wagneriana" de Buenos Aires ha querido que, siquiera con breves palabras, yo declarase inaugurado esta noche el curso de conferencias organizado por ella, sobre el último y el menos conocido de los dramas de Wagner. Yo no hubiera podido negarme a esta solicitud para mí muy honrosa, y antes, por el contrario, me ha complacido dejarme sugerir por el noble entusiasmo del presidente de la Wagneriana, el señor Gironde, y por la ya sabida seriedad de su conferenciante merítísimo, el señor de la Guardia, y por el ejemplo del señor Intendente Municipal que al abrir esta casa a la gratuita concurrencia del pueblo, ha cumplido ciertamente con su deber, pero ha realizado a la vez un acto ejemplar, y casi diría un acto wagneriano por definición. Pues no ignoráis vosotros que la obra prodigiosa de Ricardo Wagner, nació del alma popular, y que al alma del pueblo la destinaba su autor. Pocos hombres han amado más el fondo obscuro de la humanidad, ni aprovechado con más desinterés sus divinas fuerzas de voluntad y emoción. Tomó a la tribu primitiva el tema musical que tradujera los movimientos elementales de la naturaleza, y restauró en sus síntesis dramáticas los mitos tradicionales que habían sintetizado para los padres arios las experiencias del

(1) La Asociación Wagneriana de Buenos Aires, acaba de realizar en el Colón un curso de lecciones populares sobre la leyenda y la música de *Parsifal*. Para inaugurar, solicitó la presencia y la palabra de Ricardo Rojas, quien pronunció con tal objeto el discurso que publicamos, donde se establece el carácter y propósito de dichas lecciones.—(N. de la D.)

instinto y los anhelos de la intuición espiritual. Desciendan, pues, sus manos, a esta sala de mármoles labrada por el tributo de la muchedumbre dolorosa y hallen aquí su digno cenotafio, y ante la gente congregada por tan acendrado desinterés de amor y de belleza, esclarezcan, en la mente del comentador, la exégesis del poema inefable.

Han pasado, señores, los tiempos, felizmente lejanos ya, en que los admiradores de Wagner necesitaban congregarse en la misteriosa fraternidad de una secta, o en la agresiva fuerza de una legión. Esclarecidas ya las fuentes de erudición literaria y de meditación filosófica donde el maestro inspiró sus argumentos, se ha visto que sus dramas no eran por cierto el desvarío de un titán borracho, como pudo creer la absorta mediocridad en su primer encuentro con el genio. Rota, asimismo, la tradicional inercia de los cánones, la partitura hermética de otros días ha resonado hasta en el quiosco de los parques municipales, y el pueblo ha descubierto con asombro, lo que hay de pasión humana en la elegía de amor de Isolda, de fuerza victoriosa en el himno de Siegfried, de júbilo inocente y de luz matinal en el canto de las hijas del Rin. De mí a lo menos sé decir que cuando oigo este último canto, vuelvenme a la memoria, desde el fondo del alma conmovida, aquellas rústicas mañanas de mi adolescencia, cuando bañándome como un bronceado fauno joven en mi río natal, oía el glu-glu melódico del agua que parecía fluir de mí, y desvaneciáanse mis sentidos en la caricia corporal de la onda tibia y en los aromas de la selva ribereña, mientras se alzaba el alba como una eucaristía milagrosa, despertando en mí ser la primer exultación hacia la belleza del mundo apenas revelado y hacia el misterio de la vida apenas entrevisto.

Pues no es otro el contenido de la música wagneriana, por eso está destinado a ser un arte popular. Cualquiera que sea el esfuerzo de erudición consciente que la ha precedido y que deba la crítica esclarecer, no encontraremos dentro de ella ningún sistema dogmático, sino un torrente de emoción natural, placentero ante la belleza o trágico ante el misterio del cosmos, o bien la agitación, ya intuitiva, ya heroica, del hombre, en la realización de su destino. Quiero significar, que no hay alma sensible a la música capaz de permanecer ajena a ese torrente de emoción natural; pero esto no quiere decir que podamos prescindir de la exégesis, sino precisamente lo contrario. An-

siaba el maestro que los hombres penetraran en su espíritu, en sus propósitos, en sus métodos, para que su arte pudiera resultar una escuela de elevación moral y redención religiosa, aunque en el momento de la audición musical, nos deja librados a las intuiciones imprevistas o arbitrarias de nuestra propia emoción. De ahí que siendo una para todos la información conceptual, previa o docente, pueda variar para cada uno la interpretación intuitiva, según los diversos grados de capacidad espiritual. Bien entendido que me refiero en esto a la contemplación integral de la obra wagneriana, y no a la partitura desprendida del drama, y mucho menos a fragmentos de la partitura. Quien se detenga en éstos, experimentará goces sensuales o intelectuales, pero sólo con el conocimiento de la vida de Wagner, la fuente de sus leyendas, la disertación de su filosofía y la técnica de su teatro, quedará en aptitud de recibir la alta iniciación mística que el maestro se proponía.

Ved ahí por qué os decía que el wagnerismo ha dejado de ser una logia o un partido, y por qué tiende a convertirse en un estado de la cultura universal. En ese general avance de la educación artística, nuestro país ha progresado también, y la Sociedad Wagneriana de Buenos Aires da una prueba eficiente de que conoce su puesto y su misión, al iniciar estas conferencias gratuitas, en las cuales se ha querido eludir todo aparato de iniciación esotérica y todo asomo de extemporáneo sectarismo. El tiempo de las catequizaciones y polémicas ha pasado ya para Wagner, por eso la institución wagneriana depone toda actitud combativa para adoptar una posición docente. Dada a los cuatro vientos de la publicidad la exégesis del texto discutido, ha debido estrecharse en todo el mundo el campo de aquellos que por ignorancia dicen no comprenderlo, y el de los otros, que simulan comprenderlo por "snobismo". Sabe la Wagneriana que ella no tiene ya enemigos que combatir, ni claves iniciáticas que revelar: por eso ha podido abrir al público las puertas libres de este recinto, y atenerse confiada a su espontáneo concurso; pero sabe asimismo que esta obra de divulgación de la doctrina, es previamente necesaria para aquellos que no teniendo medios de practicarla individualmente, deseen, no obstante, entrar en comunicación con el espíritu de la tragedia wagneriana.

Tratándose de "Parsifal", la exégesis del drama y de la música se hace no menos necesaria, por lo mismo que se trata

de un misterio religioso a la manera de los autos sacramentales de edad media, y que remueve, por sus principales episodios, casi todos los valores espirituales del cristianismo, o sea el fondo religioso de los pueblos occidentales. Se equivocará, sin embargo, quien interprete el "Parsifal" como un drama católico. pues trátase en mi sentir de lo contrario. Wagner se propuso con él suscitar en el hombre moderno el advenimiento de su dios interior, o sea su "Cristo"; y es su drama una resurrección del misticismo cristiano, en el sentido más universal de esta palabra, pero no lo es del cristianismo dogmático, según algunos lo han entendido entre nosotros. Los elementos legendarios que Wagner utiliza en sus alegorías, son tan universales, que tienen raíces anteriores al Evangelio, y en cuanto al protagonista, Parsifal, creo que bien pudiera tener analogías míticas hasta con ese dios El-lal que los tehuelches de la Patagonia conocieron...

Pero no me toca a mí detenerme en el tema de estas conferencias, porque tal cosa fuera usurpar el sitio del conferenciante.

Señores: en nombre de la Sociedad Wagneriana, declaro abierto el curso de estas lecciones sobre la leyenda y la música de "Parsifal", el poema de purezas que se alza sobre la abrupta fuerza de la tetralogía, como la luz del alba embellece de blancura y de luz, la cima serena de una vasta montaña.

GALERÍA DE PROFESORES



RICARDO ROJAS

## En Otoño

*Tú pues, encenderás mi lámpara,  
Jehová, mi Dios, alumbrará mis tinieblas.*

SALMO XVIII-28

Carlos y Blanca, instalados ya en su casa, se disponían a pasar la primera velada juntos.

Carlos leía un libro, escogido al azar, Blanca se acercó a la ventana, y miró a lo lejos, con distracción.

Era una noche de principios de otoño tibia y apacible. Ni un movimiento afuera. Distinguíanse apenas las formas indecisas de los árboles en la calle larga y sola, sobre el fondo de un cielo oscuro con escasas estrellas. Solo a ratos, las hojas de los árboles se estremecían bajo el soplo de una brisa silenciosa.

Blanca empezó a escuchar; aquel rumor triste y vago la agradó. Había en él algo, como la armonía de una canción olvidada, que se impuso a su espíritu y la obligó a atender.

Y Blanca recordó. ¡La canción de las hojas! Una canción muy queda; tan queda como la canción de un alma triste; y sin quejas, como la oración de un peregrino a quien nada le resta que sufrir...

¡Qué misterioso parecíale en otros tiempos el rumor de hojas estremecidas! ¡Y cómo lo comprendía ahora!

De cuando en cuando se desprendía una; remolineaba junto a la materna rama, y partía, llevada por la brisa, a transformar su vida y a vivir...

Oyendo y viendo, Blanca aprendía. Aprendía intensamente la experiencia de las hojas, comprendiendo que allí, también, estaba la experiencia de la vida.

Un instante le bastó. ¿A qué más consideraciones, si la canción de las cosas es tan sincera, que todo es uno, sentirla y penetrarla?

Un instante le bastó, y en ese instante Blanca entregó a la brisa silenciosa la canción plegaria de su alma, cuyo lenguaje parecía el lenguaje de las hojas...

En seguida sus pensamientos fueron a Carlos. Le miró. Carlos, sentado junto a una mesa, leía, y a ratos meditaba, la vista vaga, quieto, con quietud de ensimismamiento. Blanca volvió todo su espíritu a él. Quiso leer en la actitud, en los ojos, en el abandono de las manos, en la contracción de la boca, los pensamientos que anidaba aquel cerebro. Leyó con toda su bondad, con su ternura inagotable. Y si sus labios se contrajeron imperceptiblemente, su alma, en verdad se anegó de dolor.

En seguida reaccionó. Consideró su suerte. Consideró la de Carlos. Comparó. En seguida sufrió noblemente por Carlos. Luego por ella misma. Quiso desechar sus pensamientos. Recordó las hojas. Volvió a pensar en Carlos. Y del dolor pasó a la tristeza; de la tristeza a la compasión, de la compasión a la indulgencia...

Y la luz se hizo en su espíritu. Por primera vez en su vida consideraba a Carlos con indulgencia. Con indulgencia humana; con la indulgencia que perdona, con la indulgencia que comprende. ¡Cuántos pensamientos acudieron entonces a su mente! ¡Qué paz a su espíritu, qué alegría a su corazón! Y quiso darles allí, entre sus convicciones, entre los eslabones espirituales de su vida, lugar definitivo, lugar insustituible.

¡Ah! ya no sufriría por lo que Carlos no era, por lo que no sería jamás. ¿Qué importa? Ahora su cariño se vería libre de angustias.

Consolada, reconfortada, volvió a mirar por la ventana abierta. ¡Qué saludable aquella gran quietud, para su alma, que en la quietud se había refugiado! Pensó un instante en traducir para Carlos el lenguaje de las hojas. Tal vez él lo comprendiera. Tal vez a él le agradara. Pero no se atrevió.

Mientras tanto, los pensamientos de Carlos habían hecho su recorrido habitual, por el mundo y por la vida, con el resultado de costumbre...

Y cansado, a su vez, volvió los ojos y el corazón a su hermana. Pero ya, ni en el espíritu, ni en el rostro expresivo de Blanca aparecía la sombra de la antigua angustia; una serenidad que casi desconocía embargaba su ánimo: después de haber aceptado su vida, aceptaba la de Carlos, tal cual era. Es cierto que se reprochaba haber sufrido por sí misma cual no sufría ahora por Carlos. Pero a la verdad, había ella agotado los grandes dolores de la vida.



Ahora uno y otro se comprenderían mejor. Ahora ella nada exigiría de él. Ahora él podría ampararse en la ternura indulgente de ella, descansar allí de sus largas jornadas y refrescar en ella las angustias de su alma inquieta.

Uno y otra, acostumbrados a vivir su vida interior, respetaban las meditaciones del hermano. Y sin saberlo, sus pensamientos eran los mismos: el pasado, la familia, el hogar que habían intentado reconstruir.

Carlos recordaba a su gran amigo, su padre, y a aquella vida que al acabarse, había dejado la suya, en desamparo moral, desorientada, sola en la lucha. Pensaba en la recia jornada de la vida, a la que había aportado él tantas cualidades, tantas esperanzas, tantas fuerzas juveniles, tanto estímulo de los suyos, y que sin embargo, no había coronado sus desvelos. Pensaba también en Hugo, y alejado de él, se convencía más y más de que sus distintas condiciones abrían entre ambos un abismo. Y sin saber por qué, temía, vagamente, que ese abismo fuese de odio, o aún peor: de envidia.

Blanca, apoyados los codos en la mesa, hundidos los dedos en los cabellos, inmóvil, recordaba. No el pasado reciente, no la dicha ida, no el renunciamiento de todo cuanto amara. Para sentir la alegría tranquila que inundaba su rostro, era necesario que su voluntad se opusiera a que volviese a su mente *todo aquello*.

Blanca pensaba en el pasado. En aquel pasado en que juntos, Carlos y ella, en noches tan calladas como aquella, tan apartados del mundo como entonces—¡oh, sí, muy apartados, pues que aún no le conocían!—eseñaban al padre o a la madre, en cuyo regazo Ada, pequeñita, dormía.

¡Qué lejano se le antojaba aquel tiempo! Y luego, se acercaba, se acercaba hasta parecer un ayer.

—Sí—pensaba Blanca—todo el pasado se reduce a *ayer*. Ayer sufrí... ayer fui feliz... ¿Fuí feliz?

Y Blanca sonrió, con aquella sonrisa suya que decía tantas cosas y que ocultaba tantas otras.

Sí, aquel pasado era ayer... ¿Ayer? ¡Pero qué lejano estaba! ¡Cuánto hubiera deseado suprimir tantos días que siguieron! ¡Tantos! Aquellos...; estos...; estos otros; los días de dolor, los días de soledad, los días de desesperanza.

Y quedó un instante suspendida entre los dulces recuerdos lejanos, y los recuerdos recientes...

Los recuerdos recientes se alzaron ofendidos, airados, vengativos. ¡Quería desecharlos! N6. En ciertas almas los recuerdos no se borran. ¿No eran ellos los que acudían con persistente empeño a su espíritu, por poco que ella lo deseara? Y acaso, ¿no lo deseaba con frecuencia—¡ah, con harta frecuencia!—¿no los amaba? Desecharlos, alejarlos de su vida, ¿para qué? ¡Si era imposible, si voluntariamente ponía especial cuidado en revivirlos prolija, dolorosamente!

Pero aquella era la primera velada que debían pasar juntos Carlos y ella. No quiso entonces hundirse egoistamente en lo que era solo suyo. Deseaba que un espíritu ligero se cerniera sobre ellos, y que uniéndolos no los uniese en divagaciones dolorosas; de nada profundo deseaba hablar. Por eso rechazó de su mente la memoria del pasado. ¡El porvenir en cambio ofrece tanto campo a la esperanza! Del porvenir son bien pocos los descontentos. Y Blanca, después de hacerse esa reflexión, agregó para sí:—Yo, seguramente. Y se hundió en nuevas cavilaciones. ¡Le era tan difícil, ahora, descender desde sus pensamientos a una conversación cualquiera!

—¡Qué buena es, Carlos—dijo al fin—la vida en tu casa, en nuestra casa! En el campo, tan consolador, tan consecuente amigo. ¿Recuerdas? Amigo en nuestra infancia, brindábase a nuestros juegos. Amigo en la juventud, alimentó nuestras esperanzas. El amigo de hoy nos consuela.

Carlos levantó la vista y la miró con distracción, casi sin escucharla.

—Es tan discreta la soledad—continuó ella.—Páreceme vivir más, más hondo. También, hemos aquí libres...

—Libres—repitió Carlos—oh sí; siéntome tan fuerte, tan osado, que no dudo de que soy libre.

E irguió la cabeza, como para sostener con el ademán, las palabras.

—Hemos libertado nuestras almas—continuó ella.

—Es verdad—dijo él—hemos libertado nuestras almas.—Y como distraído, preguntó muy quedo, como si para sí mismo hiciera la pregunta:—¿De quién?

—De nosotros mismos, Carlos—dijo Blanca gravemente, mirándole en los ojos. Y siguió después, pensativa, con voz confidencial y grave:

—Recuerdo un día, en la estancia: hablábamos de tí. Hugo decía que eras eselavo de un afán, que quizá en su origen fué

bueno, pero que habia llegado a convertirse en la causa de todos tus males actuales. . .

—¿Cuál?

—Acaso no fué descubierto por él. Algo semejante he leído no sé donde: alguien que lamenta no poseer la prudencia de esos seres que tienen la cordura de saber esperar a su alma, de dejarla crecer, sin adelantarse a ella. Alguien que, sin duda, habia impulsado la suya a amar y a sufrir muy pronto. Esa cordura es la que te echaba de menos Hugo: lamentaba tu impaciencia por vivir pronto la vida. Pronto e intensamente. . .

Carlos sintióse retrospectivamente ofendido. Aquello era tal vez verdad. Pero ¡Hugo siempre! Sintió sobre sí aquella mirada fríamente clara, fríamente reprobadora. Y como antes, y como siempre, ante ella, se hizo evidente su confusión.

—¡Ah, Blanca—dijo—es cierto! Es cierto que he vivido mucho en poco tiempo, sin tener como otros la sabiduría de hacerlo bien. Es cierto que ahora procedería de otro modo. Mas ¿a qué precio lo he aprendido? Al de la pérdida de todo lo que para el alma es la juventud. Sí, he sentido siempre como una fiebre en mí el deseo de realizar mañana lo que deseaba hoy. ¿Qué me apuraba? No sé. No quiero pensar que otro que yo tenga culpa. ¿Desde cuándo soy así? Tampoco sé. Cuando recuerdo mi infancia, pienso en el corto tiempo que fuí niño. Pero tú, recuerdas, Blanca, ¿verdad? Recuerdas que algo, no un estímulo, sino una orden imperiosa pesaba sobre nosotros? ¿Una orden a ser más, a ser mejores? ¿A usar y a gastar el mayor esfuerzo y seguir, seguir siempre adelante? Recuerdas Blanca, que éramos niños; ¡y cuánto sabíamos! ¡Y cuánto nos adelantábamos a saber!

Y hablaba con pena y a la vez con delicia de aquellos tiempos.

—Pero ¿estás seguro, Carlos—preguntó Blanca—de que aquella orden imperiosa que tú dices, no venía de tí, solo de tí?

—Tal vez viniera de mí—contestó él—sin atenderla mayormente. Pero ¿qué importa, si me dominaba?

Y prosiguió:

—Y mientras nosotros apurábamos nuestra impaciencia, y nuestro esfuerzo en abarcar más, Ada dormía. Tenía entonces la cabeza rubia como la de un paje de leyenda. Cuando despertaba, el silencio en nuestra casa concluía. Ada reía. Ada cantaba. Y era tan linda. . .

—¡La queríamos tanto!

—¡Y hoy es tan linda, la queremos tanto!...

—Gocemos en su felicidad, Carlos. Y si es posible gocemos sin tristeza, sin compararnos con ella. Y nuestra suerte, aceptémosla. Hemos libertado nuestras almas, decíamos hace poco. Sí, Carlos. Y si eso no es completamente cierto, es necesario que lo sea. Hemos libertado nuestras almas de un mal afán de vida superior, intensa, difícil.

Y luego añadió con leve ironía en la voz y en la sonrisa:

—Descábamos siempre que el día de mañana fuese de día de heroicidades...

Se interrumpió, turbada, creyendo haber confesado demasiado, asustada del valor de sus palabras. Pero continuó descubriendo su alma, exponiéndola al reproche propio y al ajeno, con todo el valor de su arrepentimiento.

—No nos gustaba ser como los otros. vivir como los demás.

Pensábamos que teníamos mayores derechos, porque poseíamos unas cuantas condiciones buenas... Tú esperabas triunfar, ser admirado, no sé... Yo me creía con más derechos que otras a ser feliz. Feliz como yo soñaba, como yo esperaba la felicidad completa, la verdadera felicidad...

Blanca sonrió con toda su tristeza, con toda su amargura, y sus dedos, blancos y finos, se entrelazaron una vez más en aquel ademán de oración y de súplica que la era habitual.

—Sí — continuó, — vivíamos esperando, creyendo merecer la dicha que nos traería el mañana. Un mañana que sólo existía en nuestra imaginación.

Carlos reflexionaba. Todo aquello que bien podía ser cierto y que iba entrando a su espíritu, era la paz, era la calma de una liberación por largo tiempo anhelada, pero...

Y le extrañaba que tales pensamientos hubiesen pasado por la mente de su hermana.

Blanca observaba e iba comprendiendo. ¡Descaba tanto que sus palabras fueran escuchadas! Llevar por ellas al hermano el presente de una vida nueva mejor, de más trabajo, de más realidades. Hacerle comprender todo aquello que ella sabía por qué había sufrido.

—Ahora no olvides, Carlos — agregó un momento después — que eso ya no puede ser así; que somos libres. No esperemos que el día de mañana nos traiga una compensación a lo que sufrimos ayer. No; no será, ni puede ser. A nadie, ni a nada interesa nuestra suerte. Yo sólo espero, sólo deseo que el día de ma-

ñana se parezca al día de hoy. Sí, la vida que me resta vivir, formada por días igualmente apacibles, igualmente tranquilos. ¡Y qué buena va a ser entonces la vida, Carlos! Nada exigiré de ella; nada me negará entonces. Viviré para mí, para tí...

El la escuchaba extrañándose más y más.

—Blanca — le dijo. — ¡Y si restara aún una postrera asua de nuestras almas inquietas, y si esa asua produjera el incendio? ¡Si nuevamente nos lanzáramos a anhelar una vida más feliz?

Ella le miró muy seria:

—Nos guardaríamos de exponerla en nuevas experiencias dolorosas. ¡Y crees que no tiene verdaderos esfuerzos, triunfos austeros, la vida que nos espera, cuando se tiene el valor de aceptarla? Será árida y trabajosa tal vez, pero nosotros la embelleceremos y ocuparemos su tiempo hasta hacerla agradable y buena. Y entonces empezaré a creer que, perdidas nuestras más bellas esperanzas, nos queda aún algo bueno: la satisfacción de ser fuertes y de saber dominarnos.

Carlos se levantó. Se acercó a ella. La miró en los ojos.

Ella levantó hasta él los suyos llenos de claridad:

—¿Y bien? — preguntó.

—¡Y bien, Blanca — contestóle con amargura y con reproche — cómo has cambiado! ¿Tú? ¿Tú dices eso? ¡Ah, Blanca, has olvidado! ¿Cómo has olvidado todo aquello en que se cifraba nuestro antiguo cariño y nuestra antigua amistad? ¿No recuerdas cuando después de leer nuestros libros y de soñar nuestros sueños, tú me decías: “Seamos así, Carlos; sólo esa vida encierra belleza”? A veces te corregías; no sé qué temor te asaltaba, pero agregabas: “Sé tú así; tú, al menos, que eres hombre”. Y tus ojos se ennegrecían como se ennegrecen siempre que tus labios predicen... ¡Cómo has cambiado, Blanca! ¿Qué me aconsejas hoy? ¡No sabes que son aquellas palabras que viven, palabras que trazaron rumbos definitivos en la vida!

Y el reproche crecía en los ojos de Carlos.

Blanca le miró asustada. La angustia cubrió de sombras su mirada. El dolor oprimió su corazón.

—Perdón, Carlos — imploró. — Hice mal. ¡Y tú lo recuerdas? ¡Pero si yo no sabía, no conocía la vida!

Carlos la miró con más extrañeza aún. Y el reproche fué desapareciendo de sus ojos.

Perdonó. ¿Qué podía hacer sino perdonar?

Y para no entregarse demasiado pronto a nuevos pensamientos, a pensamientos dolorosos; para no juzgar con demasiada ligereza, o con demasiada severidad, tomó de nuevo el libro y empezó a leer. Recién entonces se dió cuenta de que leía a Maeterlinck. De pronto, ciertas palabras hirieron su atención: “Vivimos juntos, nos vemos todos los días y nada percibimos hasta que...” Y luego: “La triste, la ingénua, la blanca alma de la pobre niña ¡ah! si hubiera dicho lo que debió decir; ¡oh! si hubiera hecho lo que debió hacer”.

Y Carlos cerró el libro.

¡La pobre niña! Carlos comprendió. Como antes en el espíritu de Blanca, la luz se hizo en el suyo. También la compasión y la indulgencia inundaron su alma. También sufrió por algo, irremediamente perdido en la vida de ella. También se reprochó su dureza, comprendiendo que, a pesar de todo, Blanca, su hermana muy amada, ¡siendo cual era! no era sino una *pobre niña...*

Mientras tanto, afuera, el soplo del viento movía las ramas de los árboles, y las hojas se estremecían con ruidos de quejas.

Blanca volvió a escuchar. Y de nuevo a pensar.

— ¡Oh! — se decía interiormente. — ¡Qué triste es la canción de las hojas! ¡Y tan larga! Las hojas de estos mismos árboles continuarán cantando su canción eterna, mucho tiempo después que hayan cesado para siempre las inquietudes de mi alma. ¡Oh, sí, mucho después!

Y sonrió a la idea de aquella paz completa, como antes había sonreído al recuerdo del pasado.

*Mercedes Dans.*

## La autonomía de la filosofía

Formarse una idea clara, exacta de la diferencia que existe entre las ciencias y la filosofía y de las relaciones que vinculan ambas disciplinas debería ser preocupación constante de los hombres de ciencia y de los filósofos; pero por desgracia no es así. La filosofía y la ciencia—a pesar de las afirmaciones en contra que se hacen—no son amigas: se miran con desconfianza, y poco se preocupan de conocerse. Sucede así que muchos hombres de ciencia se equivocan cuando tratan de definir el objeto y los métodos de la filosofía y que no pocos filósofos, convencidos de la extraordinaria y fundamental importancia de la filosofía, caen en un grave error cuando pretenden hacer de ella la condición *sine qua non* de las ciencias.

A dos en efecto pueden reducirse las tendencias que tratan de designar el lugar que conviene a las ciencias y a la filosofía en la serie de los conocimientos: una que podría llamarse *científico-positivista* y otra *filosófico-criticista*.

La primera considera a la filosofía como un corolario, un apéndice de las ciencias. El campo del conocimiento humano está enteramente ocupado por la ciencia: fuera de la ciencia no hay verdad. Si la filosofía quiere tener algún valor debe fundarse en las ciencias, adoptar sus métodos, valerse de sus principios. La filosofía es entonces una prolongación, una irradiación de la ciencia: su objeto es reunir en una síntesis los resultados particulares de las ciencias, y organizarlos en un sistema. La vida, la fuerza, el valor de la filosofía dependen totalmente y exclusivamente de las ciencias. Una filosofía, que pretenda sobreponerse a ellas, dominarlas o simplemente precederlas, está destinada a caer en el vacío y a volverse un conjunto de fórmulas huecas y fantásticas construcciones.

En la segunda tendencia se sostiene una tesis absolutamente opuesta a la que acabo de exponer. Aquí la filosofía no sigue a las ciencias; las precede: no es la aureola final puesta encima de la estatua de la ciencia: es más bien el pedestal sobre el



cual ella descansa. El hombre de ciencia observa, experimenta, induce, deduce, analiza, sintetiza, supone y formula leyes siguiendo el ritmo dialéctico de su espíritu; pero el hombre de ciencia, en cuanto tal, no somete a crítica los procesos mentales de los cuales se sirve: no discute el valor del instrumento que emplea. Este análisis crítico es propio de la filosofía; pero como no es posible emprender el estudio de los objetos antes de saber si los podemos conocer y cómo los podemos conocer, resulta que todas las ciencias presuponen la filosofía y que el estudio de ésta se impone antes de iniciar cualquiera otra disciplina. En la primera tendencia el valor de la filosofía dependía de la ciencia: en ésta el valor de la ciencia depende de la filosofía.

¿Cuál de las dos tendencias es la verdadera? ¿Cuál de ellas determina el verdadero puesto que ocupa la filosofía? A mi juicio, ninguna de las dos.

El lugar que asigna a la filosofía la primera resulta molesto para las ciencias y para la filosofía. En efecto: o las ciencias bastan de por sí a agotar su contenido, o no bastan.—En el primer caso resulta inútil la final intervención de los filósofos. ¿Por qué obligar a los hombres de ciencia a entregar a los filósofos sus esquemas, sus hipótesis, sus leyes y teorías para que estos últimos las pongan en orden y las organicen en un sistema? Más valdría que los hombres de ciencia, prácticos en sus materias, finalizasen la obra. La filosofía se podría excluir del campo de los conocimientos racionales y relegarla entre los productos de la fantasía y del sentimiento: poesía, religión, etc.

En el segundo caso, es decir, en el caso en que las ciencias se reconozcan insuficientes para resolver todos los problemas, que surgen de sus mismos objetos, sería muy dudoso que una filosofía, plasmada sobre ellas, obligada a valerse de sus métodos, una filosofía, que no pudiese salir de los principios científicos, lograra proyectar algún rayo de luz en los problemas de la ciencia.

Considerar a la filosofía base *indispensable* de las ciencias, como hacen los que siguen la segunda tendencia, es también falso. Es verdad que la crítica del conocimiento es filosofía y no ciencia; es verdad que toca a la filosofía discutir el valor de los procesos mentales, que dan origen a las obras científicas, como toca también a la filosofía someter a crítica el proceso espiritual que forma las obras de arte (estética), el principio económico y ético, que originan gran parte de los aconteci-



mientos históricos (ética-economía) etc.; pero del hecho que la filosofía estudia la íntima esencia de tales actividades no se puede deducir como lógica consecuencia que la ciencia, el arte, la política necesitan de la filosofía para subsistir y seguir su curso.

Sería lo mismo sostener que no se puede caminar sin conocer las leyes de la estática, o que no es posible hacer una buena digestión sin haber estudiado fisiología.

En realidad los que siguen la tendencia *científico-positivista*, convencidos de que fuera de la ciencia no hay salvación, pronunciarían de buena gana la sentencia de muerte contra la filosofía; pero no se atreven, y se limitan a condenarla a prisión perpetua dentro del recinto de la ciencia. Los otros en cambio comprenden el valor de la filosofía: pero al asignarle una función, que no le es propia, la desnaturalizan y le quitan su libertad.

Lo cierto es que ni los unos ni los otros aferran la verdadera esencia del pensamiento filosófico. La filosofía es autoconciencia. En las ciencias el espíritu piensa los fenómenos y las cosas que conocemos a través de los sentidos: en la filosofía el espíritu se piensa a sí mismo, es decir, busca en sí las razones profundas y los principios supremos de su actividad pensante y racionante. El pensamiento científico es descripción, clasificación, análisis: el pensamiento filosófico es crítica, síntesis y especulación. El método científico es ora inductivo, ora deductivo; pero siempre extrospectivo; el método filosófico es introspectivo. La filosofía entonces es autónoma; existe *in se et per se*; no sigue, ni precede a las ciencias, como el sol en el espacio no sigue ni precede a la tierra. Discutir si antecede o no antecede es ya pensarla en el mismo plan de las ciencias y perder de vista su verdadero significado y valor. La autonomía de la filosofía y a la vez el dominio que ejerce sobre todas las manifestaciones del espíritu, ciencia, arte, etc.—aparecerán más claramente comprobados, cuando se reflexione que siempre ha sido y es igualmente fácil demostrar que la filosofía es base y fin de las ciencias, porque realmente no es ni una ni otra cosa y una y otra al mismo tiempo.

Pero *autonomía* no significa para la filosofía aislamiento y falta de relaciones con las demás actividades. Al sostener que la filosofía debe ser autónoma, no se entiendo colocarla en las nubes y quitarle todo contacto con la ciencia, el arte, la econo-

mía, etc. Al contrario. Una cultura filosófica será siempre útil para todo hombre que piense dedicarse a las ciencias, porque contribuirá a evitar la reproducción de errores, ya históricamente superados, calmará los fáciles entusiasmos, y afinará el sentido crítico. Recíprocamente una sólida cultura científica será de mucho provecho para el filósofo; pero siempre a condición de que no se dé a los términos *útil* y *provechoso* el significado de *absolutamente necesario e indispensable*, y no se piense seriamente en que no se pueda ser buen físico o buen naturalista sin conocer *la crítica de la razón pura* o la *fenomenología del espíritu*, y en que no sea posible ser buen filósofo, si no se sabe el teorema de Pitágoras, o no se conocen las leyes de la caída de los cuerpos o las clasificaciones de Linneo.

*Egizio Carloni.*

Buenos Aires, 26 de Mayo de 1914.

## La pregunta alada

Porque, en el bello azur de las más puras  
Noches, vuestros jardines de azucenas  
Me dan olvido y músicas serenas;  
Porque sois fuego, excelsitud y alburas.

Y en luminosa eternidad, mis penas  
Volvéis un arco iris de venturas  
Y alas mis materiales ligaduras;  
Os amo luces, cual mi madre, buenas.

Y dejando el horror en cautiverio,  
Mueven mis labios su pregunta alada,  
A vuestros signos blancos de misterio;

¡Oh, llamas serenísimas! ¿qué arcano  
Espera tras los muros de la nada  
Y de este ciego carnaval humano?

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

## La propiedad del lenguaje

Cuéntanos Plinio el joven, muy por menudo, en una de sus deliciosas e instructivas Cartas (por desgracia casi desconocidas entre nosotros, como todo lo clásico), la vida que hacía durante el verano en una de sus cómodas y suntuosas quintas, y, de paso, nos da la completa descripción de la misma. Dícenos, entre otras cosas, que, además de su bien nutrida biblioteca, tenía en una alcoba o cubículo destinado a la siesta, unos cuantos libros, no para leer o estudiar seriamente, sino para hojearlos por pasatiempo, para lo que él llamaba con mucha propiedad *lectitare*, verbo frecuentativo de significación muy diversa de la de *legere* (leer). Esta precisión en el sentido de las voces era tan corriente entre los escritores clásicos, que ni por casualidad se tropieza en ninguno de ellos con alguno de los despropósitos que suelen leerse aun en autores de nota.

Los fundadores, o mejor dicho, creadores de nuestra lengua, nutridos en el espíritu latino y amantes de la claridad y precisión, imitaron a los clásicos y tomaron, de la lengua latina, no sólo el plasticismo de la misma, sino hasta su espíritu filosófico. No hay lengua, entre los romances, que más conserve el aire de familia con el idioma del Lacio. Los primitivos castellanos no sólo usaban las palabras en su verdadero sentido, sino que, en las voces de nueva formación, no se apartaban del espíritu vivificante del idioma. Por eso no se encontraban en la antigua lengua de Castilla las anomalías, tan frecuentes en otras, por ejemplo en la designación del género de las cosas.

Más aún, en este punto determinado, llegaron a donde no llegó ninguna otra nación latina, ni anglosajona, pues en los mismos objetos inanimados distinguieron con frecuencia un género masculino y un femenino. Así tenemos en nuestro vocabulario las palabras *cántaro* y *cántara*, *jarro* y *jarra*, *pera* y *perá*, *canasto* y *canasta*, *tambor* y *tambora*, y otras muchas, que no son simples caprichos a superfetaciones del lenguaje, sino verdaderas manifestaciones del espíritu filosófico que los guiaba. Cuando el objeto que se trataba de bautizar reunía caracteres propios del varón, es decir, era alto, esbelto, recogido, le

aplicaban nombre masculino: el *cántaro*, el *jarra*. Cuando, por el contrario, era bajo, de formas abultadas, de boca más ancha, le daban la denominación femenina: la *cántara*, la *jarra*. Fácil me sería multiplicar los ejemplos acerca de este punto no tratado, que yo sepa, por ninguno de los gramáticos. Otra prueba palpable de la propiedad con que hablaban nuestra lengua, son los refranes que, como hijos legítimos de la filosofía popular, cristalizaban el sentido exacto de las palabras e impedían que, como hoy ocurre, los mismos escritores las empleen a tontas y a locas.

Obsérvense la precisión y propiedad de las palabras en los siguientes refranes: *Huélame a mí la bolsa, y hiédate a ti la boca; El ajuar de la tiñosa, todo albanegas y tocas; A bocado harón, espolada de vino; Madre ardidada saca hija tullida; El buey bravo, en tierra ajena se hace manso; Buey frontudo, caballo cascudo; Buey viejo, surco derecho; Quebrásteme la cabeza, y ahora me untas el casco; Amigo, viejo; tocino y vino, añejo; etcétera, etcétera.*

¡ Con qué vigor y propiedad están empleados los calificativos! ¡ Cómo se establece perfectamente la diferencia entre los verbos *hacer* y *oler*, entre los adjetivos *viejo* y *añejo*, entre los sustantivos *albanegas* y *tocas*, y así sucesivamente! Por desconocer esta propiedad de nuestras voces, un distinguido escritor contemporáneo ha empleado no hace mucho, en un libro muy alabado, la palabra *almadraba* en vez de *albanega*.

Por lo demás, dicho escritor puede consolarse, pues son muchos, y no de los adocenados, los que le acompañan, lo mismo aquí que en la península y en otros países de la América española. A cada paso se encuentra usada, en muchos, la palabra *dintel* por *umbral*. El mismo Hartzzenbusch, ya académico, confesaba el error en que había estado acerca de esta palabra, que sigue triunfando y desarrollándose lozana, como toda mala hierba, a pesar de las censuras del mismo Hartzzenbusch, de Cuervo y de la Academia. Verdad es que hay no pocos académicos que contribuyen a agravar el mal con su ejemplo. En una gramática que tiene por autor a uno de los académicos más conspicuos, se emplean regímenes tan impropios de nuestra lengua como el siguiente: *más próximos del latín*; adverbios como *alante*, que no ha figurado nunca en el léxico oficial; calificativos que apesantan a francés, como *labio-dentales*, *linguo-dentales*, *palatales*, *mediopalatales*, etc., etc.

Y sin embargo se trata de un hombre de gran entendimiento y erudición, de vasta cultura y de mérito innegable; pero, por lo mismo, su ejemplo es doblemente pernicioso.

En otras dos obras también consagradas a la enseñanza de la lengua, debidas a escritores de menos fuste y fama, aunque también catedráticos, se observan los mismos errores en la clasificación del vocabulario, y aun otros de mayor cuantía.

Es prueba viviente de cómo se ha enseñado en estos últimos lustros nuestra lengua en las escuelas, y de la triste situación a que se ve reducida. Ahora bien, *si in viride hoc fit, in arido quid fiet?* ¿Cómo extrañar que la turba multa de los periodistas y la masa misma, no del pueblo, sino de las clases acomodadas, corrompan más y más nuestra lengua, lo mismo en la ortografía que en la prosodia y en el empleo de los vocablos? En documentos oficiales se leen: *gefe, telégrama, hectólitro, elejir, espléndido, expontáneo*, y otros muchos errores ortográficos, condenados en las gramáticas; oímos a cada paso pronunciar viciosamente dichas palabras y otras parecidas, como v. gr.: *vacío* (del verbo *vaciar*) a personas bien educadas; los comercios con sus anuncios que, por lo vistosos hacen resaltar más la falta o error, contribuyen a extender el mal, y en los libros de más boga hallamos ofensas contra la propiedad del lenguaje.

Hace siglo y cuarto, hacia 1791, la Real Academia Española abrió un concurso público para premiar la mejor composición que tuviese por objeto la *Apología de la lengua española*. El distinguido poeta Vargas Ponce, más conocido por su graciosa *Proclama del solterón*, escribió una *Declamación* que debería servir de texto escolar, contra *los abusos introducidos en el castellano*, y en la que dice, entre otras cosas:

“...Nuestro bello idioma  
Competidor del de la antigua Roma,  
Sujeto queda a dura servidumbre.  
Escríbenle sin regla ni euidado,  
Háblanle por costumbre;  
Sus delicados fueros no veneran,  
Nadie le estudia, todos le adulteran.”

¿Qué diría el insigne literato si escribiera hoy y viera nuestro idioma tan postrado y decaído que apenas puede hombrearse con el Esperanto? ¿Qué diría por su parte el Fénix de los ingenios, que en su glorioso siglo hablaba de la

“...lengua española vuelta algarabía”,  
y fustigaba donosamente a

“La nueva juventud gramaticanda  
llena de galicismos y quillotros”?

Y si Capmany, contemporáneo de Vargas Ponce, aseguraba en su época “que la mitad de la lengua castellana estaba enterrada, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces, hacía medio siglo que no salían a la luz pública”, ¿qué hemos de decir nosotros ante el alud (y no *avalancha*, como quieren los galiparlistas) de neologismos más o menos bárbaros que se nos viene encima, cada día con mayor violencia?

Todo escritor tiene el derecho, que ya reconocía y proclamaba Horacio, de enriquecer nuestro idioma con voces nuevas, ya hijas de su ingenio, ya tomadas de otras lenguas, cuando la nuestra no posea término adecuado; pero debe acomodarlas a las formas propias del castellano y no a su capricho.

Precisamente corre en estos momentos por la prensa una palabrita recién nacida, como quien dice, y que lleva los estigmas de una generación defectuosa. Esta palabrita es *maremoto*, que algún sabio más o menos intonso sacó de su caletre. El inventor tuvo presente sin duda a *terremoto* (del latín *terrae-motus*), formado con el genitivo *terrae*; pero se olvidó de que el primer elemento de *maremoto* es ablativo, vocativo o acusativo de *mare*, *ris*. Hubiera podido llamar a este fenómeno sísmico *marismoto*, o cuando más, *marimoto*.

No acabaría si hubiera de señalar todas las impropiedades que salen diariamente al paso en periódicos y otras publicaciones de vida efímera. Esta misma condición las hace más nocivas. Pero lo más lastimoso es verlas en libros destinados a la enseñanza. Hace poco leí en una gramática respetable por su volumen y precio, ya que no por su doctrina, el verbo *echar con h* (*hechar*). Tal vez se exuse el autor con las erratas de imprenta, inexcusables en libros de esta índole. En todo caso, no estaba salvado el error en la fe de erratas.

Con frecuencia los mismos escritores que más blasonan de castizos faltan a la propiedad por el afán de exagerar el casticismo, desenterrando palabras arcaicas. Así el célebre P. Mir, en su libro *Hispanismo y barbarismo*, habla del “pomposo *ruído* de los resplandores del sol”, de los “dos bandos que *digladiaban*”, de “*risas carcajales*”, etc., etc.

Como decía el bueno de Maese Pedro, “toda afectación es viciosa”. No debemos perder de vista la regla que nos da Juan de Valdés en el *Diálogo de las lenguas*: “Escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que significan quen bien lo que quiero decir.”

Para esto es indispensable la lectura constante de los buenos modelos, que no faltan por fortuna entre nosotros. Desgraciadamente no son bastante conocidos, pues hasta hace poco no se daba en las escuelas toda la importancia debida a los ejercicios sobre textos verdaderamente literarios, como se practica en Francia y en todos los demás países, en que se cultiva con esmero la lengua nativa.

“Si no nos esforzamos en detener la corriente corruptora, nuestra lengua desaparecerá, dice el señor Robles Dégano, en su *“Ortología clásica”*, como desaparecieron todas las lenguas que, por incuria y desaliño de los que las hablaban, cayeron de su vigor nativo y clásico.”

Y sería por todo extremo lamentable, porque tenemos una lengua rica, elegante, robusta y armoniosa, la que más se acerca por su fonología al ideal filológico, puesto que casi se confunden en ella la pronunciación y la escritura. Sin exageración, y copiando el elogio de Amicis a la lengua italiana (1), podemos decir de ella que “es hermosísima, riquísima, poderosísima; tan varia que, más que un idioma, parece un conjunto de idiomas; capaz de adoptar infinitas formas y aspectos: susceptible, por su gran flexibilidad, de adaptarse a todos los estilos; única en su aptitud para reproducir la nobleza de los estilos latino y griego; no superada por ninguna en la abundancia del vocabulario y en la viveza del colorido; maravillosa por la inmensa facultad de las metáforas y por la fecundidad de su naturaleza, siempre dispuesta a producir nuevos modos, y enteramente cubierta de nuevos brotes y retoños, como una tierra fertilísima en perpetua primavera; fresca aún en la mayor parte de sus flores y follaje, que cuentan siete siglos de existencia; armoniosa cual ninguna otra del mundo y alabada, admirada y aun envidiada de los extranjeros.”

*Miguel de Toro y Gómez.*

---

(1) *L' Idioma gentile*, pág. 4 (Milán 1906).



## El eterno misterio?...

En el piano, Susa ejecutaba la marcha fúnebre de "El crepúsculo de los dioses"; el genio de Wagner flotaba en el ambiente.

Nelly y Manuel discentían calladamente; de pronto la voz de Nelly se alzó y exclamó:

—¡Oh... pero sería horrible!...

Pedrito y Carlos la miraron extrañados. La señora la reprendió.

Los causantes de la *interrupción musical* se callaron, pero la voz con que Nelly pronunciara aquel "horrible", vibraba aún en el aire, como acompañando los fúnebres acordes de Wagner y agrandando la expresión de grandiosidad dolorosa que encierra aquella música.

Murieron las últimas notas, y el doctor preguntó:

—¿Qué era lo horrible, Nelly?...

—Figúrese, doctor; dice Manuel que el otro día, trabajando sobre un cadáver, se le ocurrió que ese muerto sentía.

El doctor, impulsado tal vez por una curiosidad enfermiza, dijo:

—¿Y qué hay con eso?

Por los ojos de la chica pasó un reflejo de luz.

—¿Qué hay con eso?... Hay que sería horrible, atroz; hay que eso puede ser cierto; hay que nunca nadie ha penetrado el misterio de la muerte, el abismo insondable, el fenómeno singular por el que, en un soplo, la vida huye. ¿Huye?... ¿lo sabemos?... ¿Quién nos dice que no se petrifica, se condensa; quién nos dice que no se cumple la gran ley de Spencer?... ¿No es posible que se establezca, al fin, ese equilibrio, por el cual pugna toda materia orgánica y que es signo de perfecta adaptación al medio?

—Sí—dijo Carlos,—pero sería un equilibrio estático, eterno, inamovible.

—Es cierto—replicó Manuel,—y eso apoya nuestra idea.

¿Acaso la inhibición de nuestros sentimientos no proviene de un grado de cultura superior? ¿El dominio de nuestros músculos, no es el resultado de un largo ejercicio? ¿Quién nos dice que en la muerte no alcanzamos ese grado total de inhibición? ¿Quién nos dice que los muertos no exteriorizan, por un flúido, por nosotros ignorado, sus dolores? ¿Hay tantas cosas que no conocemos!...

—Tiene razón Manuel—contestó Nelly;—todo lo que se siente, no se exterioriza...

—; Oh!, eso no lo dudamos.

La joven se ruborizó.

—No, no digamos tonteras; yo quiero decir que, por ejemplo, un paralítico no deja de sentir, de sufrir, y, sin embargo, ante cualquier sufrimiento queda mudo.

—Sí, pero los paralíticos lloran—dijo Susa.

—Y, hermanita, ¿sabe usted si los muertos no lloran?...

—; Si lloran?... Yo nunca he visto muertos.

El doctor, de pie, había escuchado callado la discusión de los muchachos. Cuando Susa dejó de hablar, dijo con aire satisfecho:

—Está bien, Nelly; muy bien... Yo creo como ustedes...

Hizo una pausa; su rostro adquirió aquella expresión lejana que se imprime sobre las facciones cuando se busca entre los recuerdos y surge uno, trágico, cruel, angustioso; recuerdos de juventud, que aún al través del tiempo oprimen. Y dijo:

—Hace mucho tiempo, yo era todavía un muchacho; me preparaba para rendir Operatoria. Finalizaba junio y nos atareábamos con los últimos repasos. Trabajábamos en el Anfiteatro, tres compañeros y yo.

Acabábamos de cenar. Era un día frío, ventoso, uno de esos días en que la Tristeza se sienta a la puerta del Hogar. En los árboles del jardín, el viento gemía, ululando en las rendijas de las ventanas, y su voz apenada, se acrecentaba en el silencio de la noche.

La muerte era una mujer joven, de unos 28 años, blanca, muy blanca. La veo aún: el pelo ondulado y negro; (una enfermera piadosa se lo había peinado en trenza y una onda caía sobre su frente); los ojos grandes, abiertos, como mirando una inmensidad; unos ojos de cielo. La luz que venía del techo, la iluminaba toda, marmoreándola sobre su carne mórbida, uno de mis compañeros apoyaba su bisturí; marcaba, con la

punta, el sitio por el cual había de abrirse la herida, para practicar la operación.

Aquella mujer muerta, me atraía como un misterio e, inconscientemente, apoyé la mano sobre su brazo. ¿Fué ilusión de mi nerviosidad excitada? ¿Fué la lobreguez del ambiente?... No sé; pero me pareció que en el momento en que mi compañero había apoyado más fuerte el bisturí, la mujer se había estremecido y... como Mannel, dije entonces: ¿Y si los muertos sintieran?...

El silencio era sepulcral y el viento seguía violento y quejumbroso. Los semblantes de mis compañeros palidecieron: los cuatro nos miramos, con esa mirada torva y extraña con que deben mirarse los criminales después de cometido un crimen; una hoja con un ruido seco golpeó un cristal. Luego, el que había empezado la operación, reaccionando, dijo: ¡No seas tonto!... los muertos, muertos están. Y continuó.

Nadie se atrevió a interrumpirlo en su lúgubre tarea, y, así, abrió la blanca carne y tajó el cuerpo estatuario, sin que ninguno pronunciara una palabra. Ibamos y veníamos silenciosos. Mi pregunta inquietante resonaba todavía en los oídos. Yo, por mi parte, sentía crecer la angustia que me oprimía; aquellos ojos abiertos, fijos, color de cielo, me fascinaban; tomé una toalla para cubrir el rostro; pero, no sé... fué más fuerte que yo y mis ojos se clavaron en los de ella y ví... Conservaré siempre el terror de lo que ví: aquellos ojos azules como el cielo, serenos en su superficie, aterrorizados en el fondo, con una expresión indescriptible de dolor y una súplica muda de piedad. ¡Oh, los ojos azules de aquella mujer muerta!... Me persiguieron mucho tiempo: en la noche, se abrían grandes, luminosos, suplicantes, y de las pestañas negras y sedosas, se desprendía siempre una lágrima límpida, pura como el cristal, en la que la luz, irrisaba sus colores...

No pude presentarme ese año a Operatoria y, desde entonces, cada vez que debo practicar la autopsia de un cadáver, veo ante mí los ojos de aquella mujer muerta.

El doctor calló; en la sala reinó, como otrora en el Anfiteatro, un profundo silencio, lleno del misterio de la muerte; y Nelly vió dibujarse en la penumbra los ojos azules como el cielo, e impresa en el fondo de la pupila, la terrorífica expresión.

## De Gestis virorum illustrium Facultatis

### PARS SECUNDA

#### La revolución

Sí, también nosotros hicimos nuestra revolución. Pasarnos sin ella, hubiese sido un delito de alta traición contra los derechos de la juventud. Fué justa en sus fundamentos y grande por sus proyecciones: que en ella se cometieron errores, es posible; pero ¿cuándo los hombres no han cometido errores, y más en aquellos momentos en que hacen historia?

Aquí el historiador, cuya modestia es tan enorme que asusta, vacila perplejo. Desde aquel día inolvidable en que el Centro de los estudiantes lanzó su voz de protesta contra el malón de los profesores suplentes, el historiador no sale a la calle ninguna mañana, sin antes preguntarse, todavía poseído a través de los años de su papel de redentor, si en aquella emergencia fué más Moreno que Robespierre o más Robespierre que Moreno. Le seduce el papel de Moreno por su vida breve de revolucionario y su literatura tribunicia, y le encanta el de Robespierre, por sus procedimientos cortantes y su incompasiva inflexibilidad. Mas, fuese el que fuese, se da cuenta de que estuvo bien. Recuerda haber sido aperebido por resolución del Consejo, junto con el presidente del Centro, el hoy pacífico vicerrector del Colegio Nacional de Mercedes, doctor Francisco D'Andrea, entonces serio y brillante alumno; recuerda haber escuchado la palabra serena, persuasiva y conciliadora del entonces decano, doctor José Nicolás Matienzo, llamándolo a la calma; recuerda el entusiasmo revolucionario de los más, la cobardía de los menos y la traición de unos pocos; recuerda las artes legales por medio de las cuales se intentó empañar la justicia de una noble causa; y recuerda también que el campanazo no halló todos los oídos sordos, porque del mismo seno del Consejo

partieron saludables medidas para establecer la legalidad donde imperaba el arbitrio de unos cuantos.

Pero todo pasó...

### El Banco de la Facultad

...Y a continuación vinieron los tiempos nuevos. En el escenario surgían otras figuras: Alberini, Ipiña, Achával, Noé... La antigua Facultad tuvo el símbolo de su historia en el patio, en aquel patio admirable de antaño, perfumado por los jazmines del Paraguay y sombreado por los dulces durazneros, que describí en la primera parte de esta verídica narración; patio hoguero reducido a un triste pozo por la arquitectura universitaria. La nueva Facultad tiene su símbolo en *el banco*. No ya el jardín de Academo como antaño; pero no son menos platónicos los coloquios que se hacen en el banco inmortal.

Hay muchos bancos en la Facultad, donde con noble emulación tratan de sentarse hombres y mujeres; pero no hay más que un banco, el Único, que tenga historia.

### Habla él

“ Soy viejo. Soy contemporáneo de Iglesias, y como él ha  
“ visto pasar las generaciones ante sí, yo las he sentido sobre  
“ mí y sé cuánto han pesado en la balanza de la historia. To-  
“ dos, quien más, quien menos, me han pedido apoyo y refu-  
“ gio, desde las más aéreas doncellas hasta los más pesados vá-  
“ rones. Pero para todos he sido el compañero de un minuto  
“ o de una hora a lo sumo; sólo para unos pocos el amigo fiel  
“ de todos los días. A esos pocos, adheridos a mí por una es-  
“ trecha vinculación, los quiero. Se turnan sobre mí con lento  
“ ritmo; se disputan el poco espacio que puedo brindarles;  
“ me confían sus secretos; me hacen partícipes de sus opinio-  
“ nes. He llevado la estadística de las horas que me han dedi-  
“ cado y gustosamente se la comunico al señor Martínez, di-  
“ rector del tercer censo nacional: Achával, 5375; Giusti,  
“ 5128; Alberini, 4813—pero declaro que va ganando el te-  
“ rreno perdido y prometer saltar al primer puesto.—Ipiña,  
“ 3516 — ¡ay! ¿por qué me habrá abandonado? — Leumann,  
“ 3100... Luego vienen con cifras menores, pero siempre con-

“ siderables — lo proclamo con orgullo —, Noé, Tobal, Obligado, Pedrito García, Bonet... Aunque verde, he tenido que ruborizarme muchas veces de sus discursos. ¡Qué muchachos! ¡Tan jóvenes y ya tan pícaros! Sin embargo, a veces hablan en serio y entonces no los entiendo. ¡Ay, he oído decir a los profesores de filosofía de la Facultad que todo pasa! El grupo ya empieza a ralear. ¡Será cierto que han de abandonarme? ¡No podré contar en el futuro siquiera eno Achával, con Alberini? ¡Dios mío, qué desolada ancianidad me aguarda! Ya se lo han llevado a Iglesias, no sé a dónde; a mí me han pintado con colores más oscuros... ¡Cómo se ha de aburrir él! ¡Cómo me aburriré yo! Es inútil: las señoritas, aunque intentan, solícitas y compasivas, consolarme, no me entretienen; soy misógino por costumbre.”

### La Filosofía del Banco

El banco ha hablado con la solidez que de él podía esperarse; sin embargo, aunque se ha formado en un ambiente terriblemente docto, su cultura se revela deficiente, cuando declara tan redondo no haber entendido nuestros graves discursos de los momentos solemnes. ¿Debo extrañarme de su dureza de entendederas? ¡Cierto es que el pobrecito ha tenido sólo tan escasos y tan breves contactos con los profesores de filosofía de la casa!... Algunas máximas le han inculcado, ¡pero tan pocas! ¡Pobre amigo nuestro, que no te has dado cuenta de haber sido el mudo testigo de la más profunda revolución filosófica que han visto y verán los siglos! Sí, amigo nuestro; tú has creado, al reunirnos durante tantos años entre tus brazos paternos, ignaro de la gran obra a que presidías silenciosamente, la Escuela del Banco, formidable construcción ideológica a la que hemos consagrado aquellas cinco mil horas que tu esmerpulsosa estadística consigna.

¡Oh, si hemos meditado y discutido los problemas del universo, si hemos sondeado el infinito de las formas y de las ideas con nuestras miradas de águilas, durante tantas largas horas!

La empresa que acometíamos era inverosímilmente audaz y se imponía una repartición de los papeles. Achával tomó a su cargo la Estética, con el permiso implícito de hacer incursiones en la Metafísica; Leumann creó el Método; yo una doctrina

crítica; Ipiña la emprendió con la Etica; Ravignani se entregó a la Sociología; Alberini... ¿con qué no se ha metido Alberini? El dirigió la formidable orquestación.

### La Calometafísica o la Metacalología

Achával no es un hombre de nuestra edad. En Atenas frecuentó la casa de Pericles y mantuvo cordiales relaciones con Aspasia; en Florencia formó parte de la Academia Platónica y almorzó con Marsilio Ficino... ¿Quién dijo que fué Filopémenes el último de los griegos? Mentira. El último de los griegos es Achával. Por eso nos extrañó verlo aparecer en el año de gracia de 1907 de la era cristiana, en la Facultad de Filosofía y Letras de esta cosmópolis cartaginesa, colgado del saco de nuestro amado y gran profesor Francisco Capello. ¿Cómo ese heleno de la más pura estirpe había aportado a estas playas del trigo y de las vacas? Cierito es que empuñaba el cayado al modo de los pastores de Arcadia; pero también vestía un traje de saco y se cubría con un sombrero hongo gris perla *à la dernière*, y eso no se vió nunca en la Hélade luminosa.

Salidos de la primera sorpresa nos acostumbramos, y ahora casi tratamos con él como si fuera un contemporáneo nuestro. Achával vive dentro de la Belleza absoluta. No desciende de ella ni una pulgada. Achával es la Estética encarnada en un hombre. El ha alcanzado la verdadera perfección del estilo hasta ahora en vano soñada por los más preclaros artistas; él posee la palabra que ha de transformar al mundo, poniendo la vida bajo la sola égida de la Belleza. Todavía no la ha dicho, pero la conserva en su casa en un manuscrito cuidadosamente enrollado, cuyo texto sublime conocemos unos pocos iniciados. Su doctrina se llama la *Calometafísica*, o también, si se quiere, la *Metacalología*, y a su comprensión hemos llegado esos pocos bienhadados, accediendo gentilmente a un pedido de su creador, poniéndonos momentáneamente fuera del tiempo y del espacio. Alberini propuso que también nos pusiéramos fuera de la lógica, y el ingenioso artificio tuvo un éxito enorme. Desde ese instante lo comprendimos todo perfectamente.

Achával es simplemente genial.



### **Terrible alternativa**

Precisamente fué Achával quien planteó la alternativa cuya solución feliz había de dejar de una vez por todas establecidos nuestros inalienables e inatacables fueros.

Un buen día desapareció el Banco. ¡Imagínense ustedes cual sería el asombro de Achával cuando al ir a sentarse en él para meditar como de costumbre, sólo vió ante sus ojos un desolado vacío!

Uno a uno fuimos llegando y uno a uno, con los ojos anegados en lágrimas, fuimos formando cordón alrededor del sitio donde antes estaba El. ¡Nos habían robado nuestro único bien!... Cerramos los puños, nos los mordimos como era de rigor, miramos al cielo, interrogamos desconsoladamente el vacío, y por fin buscamos alivio los unos en el seno de los otros con un unánime llanto. Pero de pronto Achával se irguió, trágico de fiera; enjugóse las lágrimas, y con paso lento y grave se encaminó hacia la sala del Consejo. Entró y con sublime heroísmo dijo sencillamente: "O reponen el banco o yo me voy." Y nada más. Pero al día siguiente el banco estaba en su sitio.

Pobre amigo nuestro! ¿Qué héroe de la antigüedad se votó al destierro con mayor abnegación?

### **La ética Boliviana**

Del altiplano debía bajar a nosotros la doctrina moral. La trajo Ipiña junto con unos preciosos ponchos de vicuña, y desde el día en que su angulosa figura de penitente, macerado en la abstinencia y en el martirio, se nos apareció aureolada de un cándido nimbo angelical, desde aquel día la paz entró en nuestros corazones pecadores, y lo que en ellos era diabólico tumulto trocóse de súbito en calma celestial, y la sed de los bajos placeres terrenos que resecaaba nuestro pecho hizo lugar a un dulcísimo anhelo de goces inmateriales. Ipiña nos enseñó con su palabra austera la senda de la Virtud y del Bien, y desde entonces nos hemos vuelto irreconocibles. ¿Cómo se atreve a decir el Banco que lo hemos hecho ruborizar? Debe de estar equivo-



cado y confundir nombres y fechas. ¿Cuándo ha podido oír palabras pecadoras en los labios de Ipiña?

Conviene aquí declarar, en honor de la verdad, que en la alta empresa Ipiña tuvo un colaborador eficazísimo: Pedrito García.

### La Intuición

El mérito del descubrimiento le corresponde por entero a Leumann. Su método de la intuición, o por otro nombre, del palpito, nos ha abierto los horizontes de la Verdad. Con su mirada sutilísima Leumann explora el infinito, y ¡zás!, no se le escapa una verdad ni por casualidad. Verdad que ande suelta él la atrapa al instante.

Alberini lanzó sobre el merecido un criterio de certeza, pero no logró derribar el de Leumann, instrumento tan sencillo como instructivo para la adquisición del conocimiento. Sostuvo Alberini: "Todo lo que afirma Giusti es falso; todo lo que niega verdadero". Pero su doctrina halló serios confutadores.

### Alberini o de la Filosofía

Sin embargo Alberini es casi tan genial como Achával. El y la Filosofía son una sola cosa: a simple vista no se distinguen el uno de la otra. Unidos por un estrecho cordón umbilical, se asemejan a los hermanos siameses. Alberini es un polemista formidable. Argumento que se encuentre al alcance de sus anteojos, está perdido: lo desmenuza sin piedad. La historia de la Lógica se divide en dos cielos: el pre-alberínico y el post-alberínico. También la Metafísica le debe muchísimo y sobre ella ha escrito largo y profusamente. Tiene una admirable fuerza de resistencia: es la única persona que en el Orbe ha leído íntegra la *Enseñanza de la historia en las Universidades alemanas*. La Escuela del Banco todavía espera mucho de él.

### Dii Minores

Cada cual aportó su granito de arena a la obra gigantesca.

Ravignani, ahora sociólogo ilustre, ya en su iniciación de pensador socavó las bases tradicionales de la Economía Políti-

ca, con una nueva teoría de la moneda, prometida como reforma para cuando fuese ministro, teoría que hizo exclamar a Ipiña, estupefacto y entusiasmado: “¡Colosal, ché! Con esa reforma van todos los del gobierno a la cárcel!”

Noé, el discípulo predilecto de Achával, que si no alcanza al maestro en el estilo le anda cerca, se fué especialmente a Europa a descubrirla para nosotros, y nos trajo preciosas informaciones sobre el Coliseo y el Arco de Triunfo, que nos han servido enormemente para ampliar nuestros conocimientos. Sin embargo nuestra sed de saber cosas de allá era tan intensa, que no alcanzando a saciarla ni Noé ni el libro de Ingegneros, *Italia en la vida, en la ciencia y en el arte*, tuvo que partir como segundo emisario nada menos que el mismo Achával, quien se llegó hasta las ruinas de Micenas y nos trajo—arqueólogo fidedigno—un paquete de cartas de Clitemnestra, todavía atado con una muy bonita cinta azul.

Yo...—¿puedo hablar de mí?—yo también he realizado mi parte. Mi frenética sociología, anunciadora de la catástrofe social para dentro de poco, ha encontrado adversarios tan eminentes como Alberini; y mi penetrante mirada crítica, hasta a Achával lo tiene sobre ascuas, temeroso de que yo pueda hallar en su estilo un acento mal contorneado.

### Doctor Angelicus

Ahora ha surgido en el horizonte una figura aislada, pero temible Passarella. Trae auestas un voluminoso bagaje de teología, y sus *ergo*, sus *concedo* y sus *nego*, su tomística y su derecho canónico, sus sorites y sus dilemas cornutos, su sutil dialéctica sobre la forma y la substancia abren anchos claros en nuestras huestes. Pero ahí está Alberini, Hércules de la Filosofía, para oponerse al empuje y sostenerlo bravamente. ¿Quién triunfará? ¿La Razón o la Fe? Alberini, no cedas...

### Nuestros sucesores

Envejecemos. Hemos hecho historia. A otros ahora les toca continuarla. Los hay y muy buenos: dignos de nosotros, lo que es decirlo todo. Bonet, prosista que inquieta al mismo Achával y psicólogo femenino que hace furor; Obligado, felicísimo poe-

ta; Corti, Matharáu, Smith, Oliver, algunos más, todos serios y todos estudiosos, mentes simpáticas y promisoras. Y después todo el gracioso enjambre femenino, que pone sus elaras notas de color y de bullicio—a veces un tanto agudas—en el severo ambiente doctoral. Mi mirada, avezada a sondear las profundidades de la historia, no divisa con nitidez las figuras del primer plano, y nada puede decir de ellas. Pero yo espero que serán dignos continuadores de la obra de sus antepasados. Por favor; que nos continúen con honor. . .

ROBERTO F. GIUSTI.

## A ras de la dicha

### Ensayo de novela

Agosto 18.—A bordo del “Hirondelle”.

—No sé lo que en mí pasaría el 15 por la mañana, si sería el lúgubre aspecto del castillo, que un tiempo inclemente, lluvioso, hacía parecer a una inmensa mole en ruínas, o tal vez el sombrío y adusto continente de Cap. Manuel, a quien noté más preocupado que de costumbre; pero todo influyó en mi ánimo en ese amanecer misterioso, que hízome presentir la triste escena que se produciría dos horas más tarde.

Ahora, hálleme a bordo de mi viejo velero, no ya como un encantado excursionista, a quien cada ráfaga de aire prepara una agradable sorpresa, sino como una parte vital de la nave, como tripulante.

Mi ánimo, tan maltratado, casi no quisiera renovar aquí tan amargos recuerdos de estos tres días transeurridos. No olvidaré más las tristes palabras que mi madre dirigiera al fiel Cap. Manuel:—Cap., recomiéndole a este endiablado muchacho, y haga usted de manera que a la vuelta de su viaje, me lo devuelva cambiado completamente; este castillo que hiciera levantar su buen padre, está convulsionado por sus maldades, y sus diabluras son conocidas por todo Granville.

¡¡Oh Granville!! Presiento que no te veré más.

Momentos antes de dejar tus costas, el bote que había de conducirnos a bordo del “Hirondelle”, parecía no querer apartarse de tu lado. El flujo de las verdes y enrespadas olas, podía más que la brisa terrestre que arrastrando las hojas de los amarillos árboles de las mesetas, las llevaba al mar, el cual las devolvía, depositándolas en la orilla con un rugido inacabable. Un viejo pescador, de los muchos que comentaban nuestra salida con ojos de tristeza, mientras empujaba la embarca-

ción que los remos eran incapaces de alejar, me susurró al oído algo que me dió miedo: “Muy mal día, señorito, ha elegido usted para su viaje. En una mañana como esta, salía, hace más o menos 17 años, el señor de Bellerme, en este mismo velero que conocíamos con el nombre de “Amphitrite”, y toda la rabia del mar, allá lejos, azotó su cubierta sepultando a su padre en los azulados abismos; desde entonces, la señora de Bellerme cambió el nombre de la embarcación.”

Han pasado tres días desde nuestra partida, y ya siento la nostalgia de ese vaivén tumultuoso y esa carrera de las olas que se encumbran unas sobre otras yendo a acabar en un formidable choque contra las rocas de la costa. ¡Qué lenguaje el del mar!

Los sucesos de ese día, hicieronme aborrecer mi estación favorita. ¡Oh esos otoños deliciosos, en que la naturaleza hace su último esfuerzo para resistir al empuje del invierno: esos días amarillentos, soñadores, que eran los elegidos por nosotros, por mi Jereuy, por Julio Dusart y por mí, para pasearnos por senderos tapizados de pálida hojarasca, que crujía bajo los cascos de nuestros corceles, yo jinete en *Dieu*, el caballo más brioso de los cinco departamentos de la Normandía!

Recuerdo estas cosas como si un siglo me separara de ellas. ¿Qué harán las páginas de mi pobre diario, allá, rotas y esparcidas por las impías manos de la vieja María, en el suelo de mi habitación que ella cerró con doble vuelta de llave? Si ese escrito estuviera conmigo en estos momentos, serviría de gran paliativo a mi atribulado corazón. En estos tres días que llevamos de viaje con rumbo por mí desconocido, no he hecho más que llorar y la corta tripulación me observa con lástima.

---

Agosto 21.—¿Qué habré hecho, madre mía, para que así me trataras? No sé si sabré juzgarme: pero por lo que a mí me parece, no soy tan malo y tan endiablado como has dicho al Cap. Manuel pocos días hace.

¿Porqué, madre mía, no has salido a darme el adiós desde la torre blanca, cuando el “Hirondelle”, hinchadas sus velas, se alejaba, saltando sobre las olas como un cabrito contento de vivir? He observado largo rato la torre y nada he visto. Yo he agitado mis brazos como si allí estuvieras. Después, la os-

curidad me veló (para siempre, presiento y perdóname este pesimismo) la bella costa normanda.

---

Agosto 24.—Yo veo en todo esto un manejo escondido del señor de Pont-Audemer y de la buena María, que él ha recomendado a mamá, como excelente ama de llaves.

---

Agosto 25.—El primer recuerdo de todas mis auroras, es para tí, madre mía. Nos levantamos muy temprano, y aunque el Cap. Manuel me lo prohiba, ayudo a los marinos en sus quehaceres, porque esta vida me agradaría, si tan lejos de tí no estuviera.

Esta mañana el viento arreciaba, y el pobre José, un muchacho de 19 años, se negaba a desprender un enganche del árbol mayor, que el cap. le mandaba sacar; José temía que el fuerte balanceo de la nave, diera con él en pleno mar. Cuando el cap. Manuel se hubo descuidado, he subido y he deshecho el enganche, aferrándome bien a los gruesos cabos. Una vez que descendí, el muchacho me abrazó agradecido, y cuando sin poderlo yo evitar, vió dos raspaduras que las cuerdas habían producido en mis manos durante mi rápido descenso, púsose a sollozar. Cap. Manuel que lo advirtió en ese estado, se dirigió a él, y antes que lo interrogara, manifestéle que al efectuar la maniobra que él encomendara, habíase golpeado contra un torlillo saliente. Tiene un corazón de oro ese José.

Hoy cierro mi diario, algo más contento que los días anteriores; antes de entregarme al sueño, no olvidaré una plegaria para tu salud, madre mía.

---

Agosto 30.—Buenos días, madre mía; hoy escribo este diario del día de ayer, que no pudo hacer anoche, por haber yo ayudado a los marinos a remendar unas velas que tendremos que usar al llegar a otras latitudes.

Ayer, nuestro "Amphitrite", así quiero yo llamarlo ahora, quedó tan vistoso como nunca me parece haberlo visto.

Aprovechando una bonanza del mar, bonanza que no nos permitía avanzar una cuarta, pintamos el casco por su parte exte-

rior. A escondidas, pude tomar parte en la operación, y coloquéme bajo popa donde no podía ser visto por el capitán. Lo primero que hice, fué borrar la escritura "Hirondelle", para poner en su lugar "Amphitrite", que me agrada más. Al terminar esta operación, se asomó el capitán Manuel por la bandada, y cuando pudo verme, inerepó mi proceder en forma algo brusca; y diciendo que esos no eran trabajos que fueran dignos de mí, desapareció rezongando. Yo entonces, tomé con rabia el pincel con que acababa de trabajar, y dirigiéndolo hacia mí, dí un pincelazo a las iniciales y atributos bordados en mi camiseta. Más tarde quedé aún más disgustado, por que habían cambiado de nuevo el nombre del velero, invocando la necesidad de que conservase aquél con que figuraba en la matrícula. Yo me vengué restaurándolo en mi salvavidas.

---

Septiembre 16.—El día 9 tuve ocasión de probar el favor que me dispensaba la corta tripulación del "Amphitrite"; y es que habiendo caído enfermo el capitán Manuel, tomado de una fiebre muy fuerte, el buque quedó sin comando, y todos mis camaradas convinieron en que yo fuera el que reemplazara al capitán. Si bien soy versado en cosas de marina, debo confesar que me avergonzó la proposición, y no acepté sino el que se nombrara en mi lugar a Ceccaddu, el valeroso sardo cuya pericia náutica todos conocemos. Sin embargo me alegró ver la deferencia que esos hombres de mar tienen para con un *endiablado* muchacho.

---

Septiembre 17.—Hoy he lamentado no haber tomado el comando del "Amphitrite" que se me ofreciera ayer. Como a las 12 m., en el horizonte, a nuestro frente, apareció una mancha blanca, que dirigiéndose en dirección contraria a la que llevábamos, se hacía cada vez más grande. Era un bergantín que batía bandera inglesa. Hacía un mes que no veíamos sino costas tan lejanas, que apenas se dibujaban azuladas; no sé porqué, nadie quería nombrármelas. Al ver la dirección que llevaba el buque aquél, pensé que se dirigiera a mi tierra, y eso me llenó de tristeza.

Si yo hubiera sido capitán del "Amphitrite", hubiérale se-

guido; ¡tengo tantos deseos de verte, madre mía! Nos saludamos, y yo me volví al camarote a contemplar el retrato de mis padres. Porque, aunque mi partida de Granville fué una sorpresa para mí, no me he contentado con la maleta de la ropa y accesorios; he desprendido de la pared de mi habitación, el retrato que ahora tengo cosido al salvavidas que cuelga a la izquierda de mi cama. He agregado para hacerle marco, varias conchillas que antes de abandonar Granville recogí de la playa, para llevar algo de mi ciudad, que amo tanto. Pero temo que el mar vuelva a arrebatármelas, para volverlas a sepultar con algazara, en la suave arena de alguna costa.

---

Septiembre 19.—Las palmas de mis manos comienzan a cubrirse de callosidades, y eso me da un poco de orgullo. Hasta he cambiado mis camisas de fina batista, por las de José, con gran alegría de éste.

---

Septiembre 20.—Hoy he tenido un pequeño disgusto con mi amigo José y con Pedro, un anciano muy callado pero simpático, que nos sirve de cocinero. Estaba yo a babor, entreteniéndome en combinar nudos y ataduras que Ceccaddu habíame enseñado, cuando oí claramente discutir a aquéllos sobre deficiencias que Pedro hacía entre los de la tripulación. Exaltado José, y sin conseguir dominarse, fué contra el viejo con intención de golpearlo. Ver esto y saltar sobre el muchacho, fué lo que hice en el breve espacio de un segundo. Afirmé su cuerpo entre mis brazos, y rendíle a mis pies indefenso.

Cuando Pedro se hubo retirado, dejé libre a José, que muy avergonzado, se fué en dirección contraria con la cabeza baja. Cuando lo hube notado más calmo, lo llamé y le dije que debía pedir a Pedro lo perdonara, lo que hizo sin vacilar, y antes que se apartaran, pedí al cocinero que no hiciera distingos entre los tripulantes del "Amphitrite", lo que me prometió. José, sonriente, me dirigió una mirada de agradecimiento.

---



Septiembre 22.—El día de hoy ha sido uno de los más felices de mi viaje; hemos desembarcado en una ciudad extraña, habitada por gente de color. Pero sucedióme un hecho que me ha dejado intrigado. Bajé a tierra con el capitán Manuel, ya mejorado, después de haberlo hecho los demás tripulantes, menos Ceccaddu, que ocupó la guardia. Llevaba yo dos cartas, una dirigida a mi madre, y otra a Julio Dusart, el hijo mayor del capitán Manuel. Este iba, al parecer, muy preocupado, y en la calle del correo, a donde nos dirigíamos, arrancómelas, casi diría, de las manos; pero al leer el sobre, donde aparecía el nombre de su hijo, se detuvo, y me miró un instante, pidiéndome le permitiera leer el contenido.

Leyó, entre otras cosas, la descripción que del viaje hacía yo a Julio, los saludos a los suyos, y las últimas líneas de mi carta que decían: "Julio, amigo mío, si en alguna forma me es posible, haré que llegue a tus manos una copia en madera que del "Amphitrite" hice yo en mis momentos de ocio; en mirándolo, te acordarás de tu amigo, que te desea no llegues a ser tan infeliz como él." El recuerdo de su hijo, o no sé qué, hizo empañar de lágrimas los ojos del capitán bretón, que cerró la carta, y después de un gesto decisivo, la llevó junto a la otra, al correo, mientras yendo yo a su lado, no sabía qué pensar de sus extrañas actitudes.

Al salir de allí recorrimos la ciudad que yo hallé muy curiosa, y a los pocos momentos de andar, nos encontramos con nuestros camaradas. El capitán Manuel dejome con ellos, me entregó parte del dinero que mi madre le diera para mis gastos, y volvióse a bordo pensativo. Nosotros, después de recorrer cuanto negocio había, y después de haber yo cargado a mis compañeros de todo lo que ví que deseaban y no podían adquirir, volvimos al "Amphitrite" y, lo confieso avergonzado, algo excedidos en bebidas alcohólicas, lo que fué motivo de una seria recriminación del capitán Manuel a mis acompañantes.

---

Septiembre 29.—Después de varios días de permanencia en este puerto y de indecisión del comando sobre el rumbo a seguir, tomamos la ruta de la vuelta, según me manifestó el capitán. Esto me causa una alegría infinita, y aunque largos días de viaje me separan de Granville, desde ya entretengo las ho-

ras mirando el horizonte para ver aparecer la majestuosa torre blanca de mi casa.

---

Octubre 3.—Hoy estoy contento, pues paréceme que no soy hombre inútil. El capitán me ha pagado los haberes como tripulante del "Amphitrite"; tengo guardadas algunas monedas de mi primera ganancia, para ofrecerlas a tí, madre mía; las restantes la he repartido entre Pedro y José. El capitán Manuel se porta óptimamente conmigo, lo que me hace feliz, aunque quisiera yo que él compartiera sus atenciones también con mis camaradas.

Pero hoy, de nuevo, vuelve a intrigarme con seis secas palabras que me dijo a solas: "Tengo que participarle cosas graves, Gustavo". En el momento en que acababa de pronunciarlas, tocaban para el almuerzo, y aquí interrumpimos nuestro coloquio. He comido meditando sobre esas palabras, relacionando hechos y recuerdos, y nada saco en limpio, de tales palabras que encierran, para mí, un grave enigma. El capitán parece estar muy preocupado.

---

Octubre 4.— . . . . .

---

Octubre 11.—No sé si debiera seguir este diario, o acabar con él y con su autor. Cinco días de una fiebre que alarmó a la tripulación entera y que por desdicha mía, no ha querido terminar con mi desgraciada existencia. ¡Qué amargo ese día en que el capitán Manuel me revelara tan terribles cosas! ¡Pero no tengo fuerzas para describirlas; lo haré después!

---

Octubre 15.—No debiera yo llevar al papel cosas tan increíbles; pero una fuerza desconocida me impule a hacerlo.

¡Pobre de mí! Creo haber visto esta mañana algunas canas entre mis cabellos, y ellas no son de mis 18 años.

"Gustavo, coraje; soporte usted esto que voy a revelarle".

¡Qué palabras las del capitán! “La señora de Bellerme, no es madre de usted”, díjome; “es una tutora, y el señor de Pont-Audemer, quiere ser el señor del castillo”. Y así diciendo, me entregó un papel escrito con caracteres indecisos y firmado “Señora de Bellerme”. “Capitán Manuel”, decía, “procure hacer desaparecer cualquier señal del joven; es necesario que yo me deshaga de él, y esto, según me dice de Pont-Audemer, no debe serle muy difícil a un marino como usted”. Yo no leí más; mis facciones deben haberse alterado grandemente por el sobresalto que alcancé a notar en mi salvador; pero de allí a seis días, no recordé nada más; una fiebre benéfica impidió que mi corazón reventara. Ahora recuerdo bien la actitud del capitán, allá, en la ciudad aquella donde debía dejarme, vivo o muerto...

Hallo que una amargura grande se agianta en mí, día a día, y encuentro que nuestro “Amphitrite” va más a prisa de lo que yo quisiera. El capitán Manuel, triste y cavuelto en su levitón verdoso, viene a verme muy a menudo, y aunque quiere sacarme del camarote, no lo consigue.—Déjeme usted estar aquí, capitán.—y mis palabras deben tener la misma fuerza que aquellas de los reos en capilla, porque insiste débilmente, adivinando en mi simulada sonrisa toda la grave preocupación que me destruye. Mis ojos ya no tienen lágrimas. Señora de Bellerme, para mí sigues siendo la madre adorada y ruego siempre por tu salud. Qué quieres: el corazón sigue siendo mentiroso.

---

Noviembre 3.—Tiemblo al solo pensar que 2 o 3 días nos separan de Granville. Mañana tocaremos un pequeño puerto a 40 horas de mi pequeña ciudad, y quizá pasado mañana te abraze y te obsequie con una solanácea todavía en flor, que cultivé a bordo, amorosamente.

---

Noviembre 4.—Llegamos a puerto hoy a las 8 a. m. y el capitán se enteró de algo que se apresuró a comunicarme. Algunos diarios de Londres dan una noticia sensacional... “... Parece que la policía francesa, dió con el paradero del tristemente célebre Lawton, que hace 16 años, siendo director

de los FF. CC. de las Colonias, falsificó numerosas acciones por valor de doscientos mil francos. Algunos aseguran que se hace pasar por el vizeconde de Pont-Audemer, y se dice descendiente de un famoso girondino de Evreux”.

Esta sucesión de hechos, destruyen mi organismo; horribles pensamientos, mezclados a una esperanza, me torturan atrozmente, como si un enorme pitón, rodeando mi cuerpo, se ensañara oprimiéndole con fuerza.

Noviembre 5.—A las 12 m. En medio de esta angustia creciente, y antes que me sorprenda la vista de la costa normanda, doy por terminado mi diario de viaje con este curioso hecho que —¿debo decirlo?—halaga mi amor propio, aunque opino que cualquiera en el lugar de Gustavo, hubiera procedido en idéntica forma. Serían las 8 de la mañana de hoy; mientras los demás estaban ocupados a varios pasatiempos, José se hallaba sentado en la borda de popa, a mi lado, y yo tenía en las manos la rueda del timón. La conversación giraba sobre nuestro próximo arribo. Este muchacho me encantaba por su simplicidad; era la primera vez, desde su reyerta con Pedro, de quien era ahora el mejor amigo, que me hablaba con expansión y entusiasmo. Díjome que su pensamiento estaba allá, en su pueblo, en donde tenía su corta familia. Nunca pensé que en una persona rústica y al parecer indiferente, se pudiera esconder un corazón dulce y delicado como...—sí, lo digo—como el que cree tener Gustavo Bellerme. A un punto de la narración ensimismado por bellos recuerdos, el recuerdo de su madre y de su pequeña hermanita, perdió un segundo el equilibrio y fué de espaldas al mar. Y yo tras él, con un ímpetu que no alcanzo a explicarme. José salió a flote y se sorprendió al ver mi gesto de salvador, porque él sabía que yo no ignoraba su habilidad como nadador. En esto el “Amphitrite”, sin gobierno, daba una larga curva, lo que llamó la atención de nuestros camaradas, los cuales no habían advertido la escena.

Cuando nos hubieron visto braceando sobre las oscuras aguas, acudieron con los primeros salvavidas que hallaron, haciendo maniobrar la nave en forma de acercarse a nuestro lado. Cada uno de nosotros asió un salvavidas, y nos pusimos de nuevo a bordo.

Allí pude ver que el salvavidas que yo agarrara en el agua momentos antes, era el que figuraba en mi camarote, el de mi propiedad, y con gran contento ví que los retratos estaban, aunque mojados, intactos.

Después la escena fué graciosa; el capitán Manuel, en presencia de los demás tripulantes del velero, díjome en alta voz: “Sois el mejor marino del “Hirondelle”—del “Amphitrite”—repliqué yo, y le mostré la inscripción que llevaba el salvavidas. El se sonrió, y tomando este último, quiso condecorarme, colocándolo sobre mis hombros, a manera de coliar. Horas antes de verte... un recuerdo para tí, madre mía.

---

“La Voz de Normandía”, noviembre 6.—Algunos campesinos de los contornos de Quillebeuf, han hallado tendido en un campo de los contornos, el cadáver de un hombre bien parecido y vestido con distinción. Presenta una herida de bala en la sien derecha, y a su lado, la guardia avisada por aquéllos, recogió un revólver y un papel con el siguiente escrito: “Señora de Bellerme: Una existencia tan vergonzosa como la que llevo, ya no puede prolongarse por más tiempo. Tengo a mis talones, a los perseguidores del canalla Lawton, que no es otro que el que suscribe. Hace 16 años, entonces usted reciente viuda del señor de Bellerme, me había confiado el cuidado de dos niños de corta edad; uno era el hijo adoptivo del señor de Bellerme, y el otro su hijo de usted. Su largo viaje a las colonias, donde tenía que arreglar varios asuntos que su esposo había dejado pendientes, facilitó mis odiosos planes. De los dos niños que estaban al cuidado de mi fiel María, uno falleció; usted hasta ahora estuvo en la creencia de que fuera su Felipe; le confieso que es el que vive, Gustavo, que usted siempre creyó el hijo adoptivo de Bellerme. Usted recordará la alegría del muchacho al hablar del parecido que notaba entre su retrato y el de su madre. El cambio de nombres a las criaturas, en complicidad con la abominable María, su ama de llaves, se imponía para el fácil comienzo del plan que yo perseguía. Si la señora de Bellerme hubiera sabido que Gustavo era Felipe, no hubiera consentido que el capitán Manuel se encargara de llevarlo muy lejos, en ese mismo “Hirondelle” que por *sport* dirigiera el señor de Pont-Audemer, antiguo marino de la armada francesa, que no

pudo evitar la *desgracia* que ocurriera a su amigo de Bellerme, en ese viaje de *placer*. Queda roto, señora de Bellerme, nuestro compromiso de matrimonio. Perdone usted a este desgraciado Lawton, a este malvado e infame... Vizeconde de Pont-Audemmer.’’

Los datos fisonómicos que de Lawton se tienen, y la carta que antecede, hacen suponer que el cadáver hallado cerca de Quillebeuf, sea el del sujeto que durante 16 años ha buscado infructuosamente la justicia. Cuando un alma perversa como la de Lawton, reconoce la derrota que le infringe la justicia, que siempre llega, hace entonces alarde de esos vestigios de bien que, al fin, poseen hasta los corazones más abyectos. Ya por atenuar el castigo que aguarda, ya porque el bien se halla siempre sobre todo, la conciencia de esa alma torcida, se desahoga en una explosión que parece decir: también mi corazón encierra un poco de bien. Y una fuerza misteriosa obligala a manifestarlo. Solo así se concibe que Lawton haya confesado alguno de sus delitos, antes de poner fin a su existencia.’’

---

“La Voz de Normandía”, noviembre 7.—“Un drama en Granville”.—“Momentos antes de entrar en prensa esta edición, llega de esa sonriente ciudad normanda, la noticia de un suceso sensacional que impresiona vivamente a sus habitantes, y que parece relacionarse con el suicidio de Lawton, de que dimos cuenta ayer.

Anoche, a las 11, los habitantes del castillo conocido por *de la torre blanca*, de propiedad de los Bellerme, han hallado en una de las habitaciones que permanecía cerrada desde hacía dos meses, el cadáver de la señora de Bellerme y el de su hijo Gustavo, a su lado.

La mano derecha de la dama, conservaba apretada fuertemente una botellita conteniendo restos de un líquido verdoso, con el que se supone se haya dado muerte; la mano izquierda apretaba rígida un trozo de periódico.

El cadáver del joven, aún caliente, tenía en una de sus manos un recorte de nuestra edición de ayer; dicho recorte presentaba un canto roto, cuya rotura coincidía exactamente con el trozo que fué hallado en una mano de la señora de Bellerme. Todo hace suponer que el joven Bellerme, penetrando en la

habitación, arrancara en ese momento trágico, el diario que conservaba el cadáver frío de su señora madre, y que impuesto de su contenido, haya sufrido el síncope que acabó con su existencia. A un costado de los cadáveres fué hallada una maceta con una plantita de flores blancas, cuya procedencia se ignora. La vieja ama de llaves, que podría hacer luz sobre el asunto, no ha podido declarar por sufrir frecuentes ataques que hacen temer por su razón. En nuestra edición de mañana, daremos a los lectores noticias más detalladas de este suceso, tan sombrío como los negros basaltos de los ventisqueros de Granville, y tan violento como el rugiente mar que castiga incesantemente sus costas.”

*Luis Morfco.*

Mayo 9—1914.

---

## La Fe

Tener fe en alcanzar una meta, es creerse convencido; y el convencido es el infatigable constructor de planos y planos superpuestos; y, sobreponer planos, es elevar una montaña.

No confundir convencido con ofuscado. El convencido comprende su objetivo, lo siente, lo palpita: es el cáliz que contiene el líquido, es el poseedor de un destello. El ofuscado no lo comprende: a lo sumo lo contempla; no lo siente: cuanto más es obsesionado por él; no se conmueve ante él: tal vez lo tema y lo acate;—es el cáliz que flota en el líquido: es un poseído, es un siervo.

El convencido es como una fuente cristalina que mana en un solo sentido; no forma remolinos; tiene flujo o reflujo, y, no finjo y reflujo. El convencido es una sola entidad; pero una entidad perfectamente accesible, penetrable, pluricelular; y, es una sola su génesis, uno solo su camino, uno solo su fin... Es un todo... pero modificable en cualquiera de sus partes, sensible en sus componentes, moldeable en sus formas.

En cambio, el ofuscado es como un ser unicelular, o, si se quiere, un ser pluricelular que no ha alcanzado a formar un ente organizado, un individuo superior; y, en esa misma imperfección es inabordable, elíptico, betuminoso.

Reasumiendo, la diferencia es ésta: el convencido impone porque quiere; el ofuscado quiere porque se le impone.

\* \* \*

Cuando una ráfaga de ideal te estremezca y sientas tu corazón (ese siervo que has domado) conmoverse ante la excel-situd de lo que te supones, y tu cerebro forcejee por una concepción puramente apriorística: cuando te sientas abismado, contraído, anhelante, convulsionado por un fuego abrasador, y te veas inquieto por la lucha y contento por el supuesto fin;



cuando te parezca que en tí palpita una visión, que la tocas, la limitas y la determinas; . . . en una palabra: cuando tu fe te haga convertir en cosa real una visión (aunque sea para tí sólo), abraza esa fe que te domina y que te llamen loco; sé creyente de tu ídolo y que te llamen fanático. . . . No te cures de los díceres, que de tí saldrán haces de luz, que de tí brotarán chispazos que alumbrarán el sendero de la verdad. De tu demoler y construir, hacer y deshacer, irradiarán destellos de belleza. Tú eres un artista; has sentido la emoción, has erguido en tensión aguilena tus alas y has remontado el vuelo por siderales regiones. Gracias a ese vuelo te habrás librado del rebaño del cual eras un simple cordero. Ahora eres águila que contemplas a ese rebaño; de observado te has convertido en observador; de colectivo, en singular; de lo cien, en lo uno.

Y esto te baste, hombre creyente que aspiras a un punto que tú mismo no te demuestras; que te afanas en alcanzarlo, dudando de todo lo que te digan en contra.

Eres un verificador de hipótesis; eres un cáustico de dudas; eres el embudo que aunarás las correntadas brutas, personificándolas y purificándolas.

La fe vibra en tu mente, te crees santo; la fe bulle en tu sentimiento, te crees Cristo; la fe te muerde con lujuria, es tu cilicio: eres el apóstol de la grey.

\* \* \*

Estimas tu visión, eres hombre; aquilatas tu esfuerzo, eres luchador; tienes confianza en tí mismo, eres grande; esperas llegar, eres valiente y virtuoso.

Y cuando seas hombre, luchador, grande, valiente y virtuoso, podrás reírte: tendrás el símbolo de la vida y el emblema de Dios.

. . . Tienes fe, tú no desmayas; no desmayas, te sobrepones; y, al sobreponerte podrás decirte: *Eccc, ego sum.*

*Jacinto J. Cuccaro.*

## A través de los libros...

### EL RUBAIYAT DE OMAR-AL-KHAYYAM

Se ha dado recientemente a la publicidad una versión castellana, hecha por el señor Carlos Muzzio Sáenz Peña y acompañada de un prefacio del señor Alvaro Melián Lafinur, del conocido poema de Omar-al-Khayyam, el Rubaiyat. Es un libro interesante, que por su índole puede ser juzgado bajo el doble punto de vista, de la traducción y de la obra en sí. Empero, no es ésta mi intención, y he de circunscribirme a hacer de ambas cosas una somera exposición para que pueda, el lector, hacerse una idea de lo que es y de lo que significa este trabajo.

Omar-al-Khayyam (1), que floreció a fines del siglo XI, fué y es uno de los más conocidos poetas de la Persia, sino el primero, uno de éstos, seguramente; y su obra, el Rubaiyat, una de las más populares en su idioma, ya muy comentada y admirada por los orientalistas ingleses y franceses. Su traducción al castellano es de trascendencia y quizá llegue a provocar influencias felices. No es la primera que se hace en nuestra lengua, pero sí, será la de verdadero valor, puesto que las otras, pocas y casi desconocidas, han estado sensiblemente alejadas del original, y tomadas de las inglesas y francesas, ya algo irrespetuosas de por sí. La del señor Muzzio puede inspirar plena confianza. Un amigo suyo, de origen oriental y conocedor profundo del persa y del inglés, tradújole las cuartetos del poema pérsico a este último idioma, literalmente, palabra por palabra, y en esta forma, el señor Muzzio, que también domina perfectamente esta lengua, las convirtió a la nuestra, sometándose por completo a la idea de la más rigu-

---

(1) Omar-al-Khayyam, nació en la ciudad de Nishapur, en el año 1040 de la era cristiana (433 de la égira) y se cree que murió en la misma ciudad, en 1123. Era, además de poeta, matemático y astrónomo.

rosa exactitud, y para evitar cualquier violencia de concepto, los versos de Omar aparecen en prosa, pero en prosa que el autor ha sabido hacer correcta y al mismo tiempo hermosa. Lleva el libro, además del prefacio citado, una introducción y notas del autor, y dos hermosas tricromías, hábilmente concebidas y adaptadas por su autor, el señor Próspero López Buchardo, al pensamiento de Omar. Es el prefacio, sintética consideración del poema traducido, y la introducción, concienzudo estudio del poeta y de su obra, que exterioriza la dedicación que ha tenido el traductor para con su trabajo.

Sabida cual es la abundancia y la originalidad de figuras continuas en que vacía la imaginación oriental sus concepciones, se apreciará, en justo grado, una traducción que las contiene vertidas hermosamente en nuestra lengua, amoldadas a nuestra particular interpretación sin perder sus características de Oriente. Las estrofas han sido sentidas intensamente por el señor Muzzio, cuyo espíritu altamente aficionado a las artes orientales, está impregnado de ese sentimiento tan hermoso para quien, ajeno a la raza lo compenetra, y tan seductoramente exótico para todos. La versión, hecha estrofa por estrofa a modo de versículos, trasciende a poesía oriental, llevando al mismo tiempo la profundidad concisa y desconcertante de la filosofía del poeta.

En lo que se refiere al poema en sí, puede decirse que el Rubaiyat tiene mucha poesía, pero más, mucha más, filosofía. Indudablemente las teorías no son nuevas en su índole, pero sí en su presentación y en su espíritu. Y hoy, en nuestros días, la reaparición, aparentemente distinta de tendencias viejas como las de Anacreonte y las que se han pretendido de Epicuro, hoy, digo, entre la muchedumbre de soluciones filosóficas de vida, el poema de Omar, se destaca elevado sobre la base real y sólida del *hoy* y arroja su luz que, por eso, no mana seguramente de la aclaración de un pretérito incógnito, ni menos de la clarividencia de un porvenir más incógnito aún; mana de la contemplación serena de un presente que es, para Omar, lo verdadero, lo único.

¿Escepticismo? Sí, si se quiere. Pero escepticismo bien llevado, escepticismo simpático. Escepticismo que aunque piensa en la quizá desgraciada existencia del *ayer* y en la posible del *hoy* y del *mañana*, arbitria medios para que ella no lo venza, y pide una copa con líquido rubí, y busca los labios de la amada...

Omar sabe que ha de beber la parte de acíbar que la vida lleva en sí, pero lo mezcla al vino y lo endulza con besos y con versos. Y lleva, en su combate singular con el destino, una gran entereza porque ataca, y una gran cobardía porque teme.

Hay, evidentemente, semejanzas entre Omar y Anacreonte, aunque también haya entre ellos grandes divergencias, según lo observa el señor Melián Lafinur, en el prefacio. En efecto, ambos cantan los placeres, pero Anacreonte, con el criterio de que *la vida es para gozar*, mientras Omar cree que *el placer es para vivir*. Anacreonte es el poeta, el cantor de la sensualidad; Omar es más aún, es su filósofo.

El Rubaiyat tiene que ser juzgado con lo que podríamos llamar "criterio de dilucidación"; como a toda obra de esos orígenes. No puede decirse, después de leída una estrofa: el poeta "dice esto", sino: el poeta "quiere decir esto". El simbolismo, pues, en que se esconden las ideas, puede llevarnos a un concepto falso, si no olvidamos el significado aparente de las cláusulas, en una interpretación que debe ser de representaciones puramente abstractas. Que ese simbolismo es también real en lo que se concierne a la personalidad íntima del poeta, no hay que dudarlo; pero, que para nosotros debe tener otra significación, es evidente.

Cada estrofa del poema es una sentencia que nos revela, al filósofo y al poeta, de cuerpo entero:

*"Se dice que el jardín del edén encanta a las huríes: yo digo que el jugo de la uva y los labios de la amada son los únicos deleites; elige ésta que es para tí como dinero contante y deja para otros la promesa del cielo."*

Y ése es Omar. Y ésa es su teoría: la que toma la vida sencillamente, sin prejuicios de ninguna naturaleza, como es en verdad, y que en vez de buscar la pena o la duda en la investigación del "más allá", busca el placer en el vivir, lo encuentra y, sin la opresión del inmenso interrogante, lo goza. Así vive y así aconseja. El señor Melián Lafinur ha encontrado con exactitud el calificativo de esas ideas al llamarlas: "amable filosofía"; y no puede ser por menos. De acuerdo con ese simpático modo de pensar (quizá muy justo...) o en oposición con ese criterio (quizá muy irónico...) la figura del poeta oriental, tiene que ser grata para todos.

Los hundidos en el abismo de la duda y del misterio, al verle pasar serenamente encima de ellos, despreocupado, sin atender

a las atracciones de la incógnita, podrán negarle verdad, pero no por eso dejarán de reconocer en su interior, el fondo de cierto que llevan sus pensamientos.

Bien pueden objetar, pensadores austeros y doctrinarios, que no es sólo "amable" sino "cómoda filosofía"; pero: ¿y no es una verdad y con ello una solución el encontrar una filosofía "cómoda", que juzgada imparcialmente, y, por tanto, despojada de esa calificación despectiva, será una *filosofía que se adapta?* ¡Oh! ¡Y cuántos al terminar la lectura de esas páginas, saturadas de poesías y desbordantes en verdad, no desearán pensar como el poeta de Nishapur!

*Jorge M. Piacentini.*

## CURSO DE BIOLOGÍA

22 de Junio de 1914

### Doctor José María Ramos Mejía

† En Buenos Aires el 9 de Junio de 1914

Ha dejado de existir entre nosotros una intelectualidad argentina de cultura elevada, de pensamiento fértil, de producción científica ordenada sobre la base de los estudios biológicos modernos: el doctor José M. Ramos Mejía y me parece un deber moral con el curso de biología de esta Facultad recordar aquí en breve su significación como biólogo.

En sus obras sobresalientes: "La psicología de las multitudes", "La simulación del talento en la lucha por la vida", en sus "Estudios biológicos", etc., es el pensamiento biológico, la relación de lo psíquico con lo orgánico la idea dominante y directora. Como colaborador del doctor Ramos Mejía en la enseñanza de la neuropatología y clínica nerviosa por casi 10 años he podido apreciar personalmente en numerosas oportunidades, y, sobre todo en conversaciones particulares con él sobre la obra inédita: "La física del genio", la elevada inspiración de ese hombre talentoso para encontrar una orientación positiva para su concepto del genio en su constitución biológica, en su herencia orgánica, en su poder de asimilación a la energética del ambiente físico e intelectual. Por todo lo expuesto figurará el doctor Ramos Mejía como un representante autóctono del pensamiento biológico en la historia de la ciencia argentina y como tal le debemos también nosotros un homenaje póstumo: leamos sus obras, penetrémonos de su ejemplo y coloquemos su estatua entre los grandes maestros de la Biología espiritual. Les invito a levantaros en honor de ese ilustre maestro, que fué nuestro!

He dicho.

*Dr. Chr. Jakob.*

## Impresiones de vida universitaria

*El alma de la Facultad. — La influencia del elemento femenino. — Coriolano Alberini presentado como encarnación de esta alma. — Un elogio a las mujeres que estudian. — Lo que puede ver un artista. — Consideraciones sobre la psiquis femenina. — Un ramillete de chicas. — El porvenir de la Facultad.*

“Puesto ya un pie en el estribo”, ningún momento tan propicio como éste para aprisionar en unas cuantas líneas algunas de las múltiples impresiones recibidas en el decurso de la vida estudiantil universitaria.

Debo confesar que la tarea se me presenta aventurada y vidriosa. Las cosas vulgares si se cuentan vulgarmente quedan fuera de la república del arte. Y para no contarlas vulgarmente, uno tiene que ser ciudadano nativo de esa república y aprender en ella con amoroso empeño esa gaya alquimia que convierte cualquiera materia común en rica pedrería. Un poco de angre en manos de Pereda se transforma en oro artístico de alto quilataje. Un pedrisco vulgar entre muchachos, visto a través de Sarmiento, resulta un cuadrado lleno de naturalidad fresca y viviente. El robo de unas sandías, cosa vulgarísima si las hay,—¿quién no ha franqueado en su niñez el cercado ajeno en procura de la sabrosa fruta prohibida?— relatado por Miguel Cané, da pretexto a una deliciosa página de antología. Se diría que las cosas externas se purificaran al quemarse dentro de los crisoles del artista y que los simples episodios se doraran y magnificaran con las lumbres de esos mismos crisoles. De ahí se explica el por qué la historia de un pueblo es grande más que por sus gestas por el vigor espiritual de sus historiadores.

---

Y bien, cuando uno siente la dificultad de realizar esa transformación de lo vulgar en artístico y el peligro de no encerrar más que lugares comunes en frase forzada, desmayadiza, convaleciente, tira lejos la pluma en un arranque de impotencia autoconfesada. Pero luego viene la reflexión y se piensa que el temor no engendra nada provechoso y, además, que es cosa impropia de varones. Y se vuelve a tomar la pluma, recordando que nada existe, como dijo Kant, tan digno de admiración como la buena voluntad, y pensando que si el hecho realizado no llega a la altura del propósito preconcebido, basta esa buena voluntad puesta en ejercicio para darle razón de existencia.

Me propongo, pues, sin esperar, es claro, *superare materiam*, decir algo sobre el "alma" de la casa y sobre la gente que ha concurrido y que concurre a la formación de esa alma. La historia de la Facultad en su faz episódica la dejo a plumas más ágiles como la de Giusti.

---

Yo no creo que las cosas tengan alma de por sí, pero sí creo que se espiritualizan con el contacto del hombre. Un paisaje bárbaro no sugiere tanto como las ruinas de una civilización fenecida. Un cuarto de una casa cualquiera no es lo mismo que el cuarto donde ha nacido un hijo o donde ha muerto una madre. Aquí los muebles y las paredes se han impregnado de alma, de nuestra alma, y del alma de los seres queridos y familiares. Y queremos esas cosas inertes como si fueran algo de nuestra propia naturaleza. El fetichismo, esa vieja religión que también oficiamos los modernos cuando conservamos con piadoso respeto ciertas bagatelas como un mechón de cabellos, una espuela amarillenta, una flor seca, indiferentes al interés ajeno pero de grande valor simbólico para nosotros, el fetichismo no es más que la adoración del alma de las cosas materiales.

¿Por qué, entonces, esta casa no había de tener también su alma? La tiene, sí; tiene un alma, el alma que le han ido transfundiendo las caravanas juveniles que por ella, pensativamente, han desfilado.

---



Cuando uno ingresa a la Facultad, lo primero que detiene la atención es su ambiente característico. Más tarde, corrido el tiempo, este "aire" especial ya no impresiona mayormente porque está nuestro espíritu identificado con él. Sucede lo mismo que con los caminantes y los trotamundos, los cuales notan mejor que los nativos lo típico de los pueblos que visitan, pero dejan de notarlo en cuanto se conaturalizan con esos pueblos.

El ambiente de nuestra Facultad se caracteriza por lo amable, lo ligero, lo sonriente. En esta Buenos Aires de calles antifraternas, llenas de vértigo y de ruido, y donde las gentes caminan de prisa con el gesto agrio y el talante amenazador, hipnotizadas por la fiebre del dinero, la Facultad resulta como un oasis donde el peregrino descansa de la dura fatiga de vivir.

Aquí las horas parecen detenidas. Y en el aire existe como una beatitud disuelta. Las caras se iluminan con la sonrisa y se vela en la memoria el recuerdo de los trajines ásperos del día. Nadie habla de intereses, de crisis, de negocios, de dinero. Ricos y pobres se confunden en una misma fraternidad espiritual. Y es que ricos y pobres se sienten hermanados por un lirismo común. "Les beaux esprits se rencontrent."

---

Es indudable que la numerosa concurrencia femenina es lo que ha trasmitido a este ambiente todo lo que tiene de suave, de sonriente, de amable, de ligero.

La palabrota masculina se esconde; se atempera el brío macho de las discusiones; se suavizan los violentos ademanes de los demagogos en ciernes. En cambio, de todos los grupos se levanta una conversación cortada, rápida, nerviosa, y como envuelta en una nube de maledicencia sutil. Por deporte, nunca con intenciones de ofensa, que sería de mal gusto, se gasta un poco de ironía y se despacha a su placer la riente y zumbona crítica femenina.

Por otra parte, es esta concurrencia femenina la que da a la casa no sé si un atractivo de hogar o un atractivo de jardín. Es ese encanto aéreo, indefinido, impalpable, que está como diluido en todo lugar frecuentado por mujeres. Los muchachos se encuentran bien aquí, *à son aise*, sin darse, tal vez, cuenta de la razón primera de esa paz que se infiltra insensiblemente en sus

espíritus. Ninguno se apura ni se afiebra por terminar pronto la carrera. ¿Para qué? Si la vida que vendrá no ha de ser, seguramente, tan apacible como ésta. Y cuando se ha terminado la carrera o se han abandonado los estudios por lasitud o impedimentos materiales, los ex alumnos suelen continuar viniendo, día tras día, como autómatas imantados por esa fuerza misteriosa de atracción que ejerce sobre sus espíritus la casa.

Este fenómeno es poco corriente en las otras Facultades donde el ambiente es menos refinado y menos cálido, debido al elemento masculino superabundante que pone en ese ambiente su nota gris y su nota brutal. En los alumnos de todas ellas se nota un cierto desamor por la casa, un desamor de célibes aburridos, que se traduce en el afán de terminar cuanto antes la carrera. Egresados de la Facultad, la mayoría, *motu proprio*, no vuelve a pisar sus umbrales.

---

Hemos tenido algunos tipos, en el buen sentido de la palabra, que han encarnado a maravilla el alma de la Facultad. Pero ninguno, acaso, como Coriolano Alberini.

Podría confeccionarse todo un capítulo de frases "alberinescas",—no todas, hay que advertirlo, serían *ad usum puellarum*.—a través de las cuales se revelaría su aticismo chispeante, su esprit volteriano y su malignidad sonriente e inofensiva, todo ello tan del espíritu de la casa.

Me apresuro a decir, por si alguien no lo conoce sino por esta breve noticia, que éste no es más que el Alberini aparente. Porque en lo interno de este Alberini de los epigramas y de la sonrisa guiñada, existe un hombre serio y un corazón bien puesto. Tan serio que el interior de su bella testa de "vizeconde rubio de los desafíos" es un pingüe huerto cultivado con amor y con conciencia de la propia valía.

Si ríe volterianamente es de puro aristocrático, es porque abomina la bobería monjil de los ininteligentes. Y la abomina por una simple razón de incompatibilidad espiritual. Porque se ha convertido, a fuerza de perseguir los matices apenumbra- dos de las ideas, en un sibarita cerebral, casi diría en un *gourmet* de pensamientos finos.

---

Sin quererlo, por incidencia, me he ocupado un minuto de Alberini. Sería, pues, el momento de aprovechar la oportunidad para bosquejar algunas figuras masculinas, sacadas de lo más representativo de la casa. Pero voy hacerles gracia de esta mención en mérito a que tengo-verdadero apuro en seguir ocupándome de cosas más placenteras a mi espíritu. Estas cosas más placenteras son las "chicas", son las valientes muchachas que nos acompañan en la dura jornada universitaria. Y digo "valientes" porque no se doblegan ante la estulticia común que desdeña a las mujeres intelectuales, que moteja burlescamente a las bachilleres y a las doctoras, como si el cultivo de la inteligencia amenguara los tesoros del corazón. Son tan femeninas, sino más femeninas, más inteligentemente femeninas, que las otras, que esas que se pasan el tiempo recorriendo las tiendas y futilizando la vida. Por otra parte, a ninguna, seguramente, la lectura de los graves pensadores ha hecho olvidar los refinamientos del *boudoir*, ni la compañía de las biondas, de los encajes, de los perfumes, de todas esas mil frusterías que acentúan los atractivos del sexo. Si existieran cintas espirituales, diría que para ellas el estudio es una cinta más que se colocan en el espíritu.

---

En medio de este elemento florido, salpicado, es natural, por uno que otro cardo traído por los azares de algún viento traicionero, pueden encontrarse a sus anchas los que tengan un poco de artistas y un poco de psicólogos. Así, para éxtasis de la retina golosa de los primeros, no faltan pequeños cuadros llenos de color y de sugestión poética: En la Biblioteca, las cabecitas pensativas sobre el libro abierto. En el patio, en un baneo lejano, alguna silueta esfumada en la semi-penumbra de la tarde que muere. En el mismo patio, sobre la balaustrada, racimos primaverales que hacen olvidar los rigores del invierno. En el *hall* y en los corredores grupos multieromos que se forman y se disuelven con una suavidad felina. Hay enjaumbres rumorosos de chicas de donde se eleva, a modo de sahumerio, el parlerío incansable y apajarado. Si por ventura algún elemento "gris" se introduce en el enjambre, dejan repentinamente de hablar de sus "cosas". Y el elemento gris, si hay coyuntura para ello, aprovecha el momento para dar salida a algún chiste más o menos alemán, o apuntarse con una frase galante o alguna li-

Sin quererlo, por incidencia, me he ocupado un minuto de Alberini. Sería, pues, el momento de aprovechar la oportunidad para bosquejar algunas figuras masculinas, sacadas de lo más representativo de la casa. Pero voy hacerles gracia de esta mención en mérito a que tengo verdadero apuro en seguir ocupándome de cosas más placenteras a mi espíritu. Estas cosas más placenteras son las “chicas”, son las valientes muchachas que nos acompañan en la dura jornada universitaria. Y digo “valientes” porque no se doblegan ante la estulticia común que desdeña a las mujeres intelectuales, que moteja burlescamente a las bachilleres y a las doctoras, como si el cultivo de la inteligencia amenguara los tesoros del corazón. Son tan femeninas, sino más femeninas, más inteligentemente femeninas, que las otras, que esas que se pasan el tiempo recorriendo las tiendas y futilizando la vida. Por otra parte, a ninguna, seguramente, la lectura de los graves pensadores ha hecho olvidar los refinamientos del *boudoir*, ni la compañía de las biondas, de los encajes, de los perfumes, de todas esas mil fruslerías que acentúan los atractivos del sexo. Si existieran cintas espirituales, diría que para ellas el estudio es una cinta más que se colocan en el espíritu.

---

En medio de este elemento florido, salpicado, es natural, por uno que otro cardo traído por los azares de algún viento traicionero, pueden encontrarse a sus anchas los que tengan un poco de artistas y un poco de psicólogos. Así, para éxtasis de la retina golosa de los primeros, no faltan pequeños cuadros llenos de color y de sugestión poética: En la Biblioteca, las cabecitas pensativas sobre el libro abierto. En el patio, en un banco lejano, alguna silueta esfumada en la semi-penumbra de la tarde que muere. En el mismo patio, sobre la balaustrada, racimos primaverales que hacen olvidar los rigores del invierno. En el *hall* y en los corredores grupos multieromos que se forman y se disuelven con una suavidad felina. Hay enjambres rumorosos de chicas de donde se eleva, a modo de sahumerio, el parlerío incansable y apajorado. Si por ventura algún elemento “gris” se introduce en el enjambre, dejan repentinamente de hablar de sus “cosas”. Y el elemento gris, si hay coyuntura para ello, aprovecha el momento para dar salida a algún chiste más o menos alemán, o apuntarse con una frase galante o alguna li-

gera insinuación sentimental. En las aulas los catedráticos van hilvanando, en medio de un silencio de vacío sideral, las frases de su grave disertación. Es entonces cuando, mientras el oído escucha, la vista ociosa recorre pausadamente el conjunto femenino. La excursión suele ser entretenida. Algunas chicas parecen sumidas en una atención reconcentrada, según es de compuesta su actitud. Viéndolas, lápiz en mano, cualquiera diría que están aprisionando sobre el papel las ideas vertidas por el profesor. Sin embargo, nada más lejos de la verdad: están sencillamente haciendo "dibujitos", mientras el pensamiento juvenil vaga, mariposeante, por otros mundos. Otras, en cambio, escriben realmente. Escriben y escriben, nerviosas, afebradas, como si estuvieran ávidas de ciencia. (Lo que no impide que al poco tiempo abandonen los libros porque un señor novio se les ha puesto en el camino. Y lo primero es lo primero.)

---

Así como existe una psicología que se podría calificar de psicología de "sótano" y de "entresuelo", esa que se simula aprender en los tratados y en los laboratorios, existe una psicología de "piso alto" que se aprende en la vida cuando se la vive dolorosamente y que consiste en arar hondo en la naturaleza humana. Los que cultivan la primera, a falta de otro nombre, pueden llamarse "psicologistas". Los que cultivan la segunda son los psicólogos, los verdaderos psicólogos. Con esto quiere decirse que no hay que colocar en el mismo plano mental, pongo por caso, a la cofradía de los William James con la cofradía de los Gustavo Flaubert.

Y bien, en el estudio, siempre difícil, por cierto, de esta psicología de piso alto, hay una gradación de dificultad según ese estudio se realice en el mundo masculino o en el mundo femenino. No es empresa fácil la de conocer a fondo el espíritu de un hombre, pero resulta un juego de niños si comparada con las dificultades que presenta el conocimiento íntimo del espíritu de una mujer. (Se entiende de una mujer refinada, no de una instintiva cerril.) No por nada decía Shakespeare, por boca de uno de los personajes del Rey Lear: "¡Oh, qué territorio inexplorado el corazón de la mujer!" Debíó decir, más bien, "inexplorable". En efecto, el espíritu femenino se presenta al observador como un castillo feudal cuyos puentes levadizos hu-

bieran sido levantados. En la imposibilidad de llegar hasta él, tiene el observador que limitarse a conjeturar desde afuera lo que sucede dentro del castillo.

No participo de la opinión corriente según la cual el espíritu femenino es más laberíntico que el nuestro. Lo parece porque nos es menos accesible, nada más. Hay toda una serie de obstáculos, los unos naturales, los otros artificiales, que dificultan el acceso. El pudor, por ejemplo, que se ha hecho instintivo en la mujer, se extiende hasta las cosas del espíritu, y tanto que resguarda, como si fuera un velo denso, el alma femenina y la mantiene, como en un santuario, al abrigo de la profanación externa. Ese velo denso se va disipando en las amistades sinceras, pero poco a poco, lentamente, con una lentitud de amanecer.

Hay otro factor que dificulta en no pequeño grado la comprensión del alma femenina: es la sensibilidad sutilizada del observador. Es natural que cada uno se especialice en las investigaciones que estén más en armonía con el propio temperamento. Por eso, en el interior del estudioso que se ocupa con preferencia de mujeres existe casi siempre, más o menos confeso, un feminófilo. Y esa feminofilia traiciona frecuentemente al pobre psicólogo que se queda en lo mejor de sus profundos análisis, "atortolado" como un colegial que está presintiendo la primera novia. Llegado a este extremo, va sin decirlo, el psicólogo muere para dar vida al poeta.

Agréguese a estas dificultades la falta de coeducación sexual y los convencionalismos sociales que distancian artificialmente varones de mujeres y que entorpecen la compenetración recíproca de las almas.

El arte literario es sobre todo el que sufre mengua con todas esas trabas que obstaculizan el acceso al espíritu femenino. En países como Francia, donde la barrera entre los sexos es menos alta, la literatura se enriquece con admirables análisis psíquicos de mujeres. En cambio, entre nosotros, donde impera todavía en materia mujeril un cierto arabismo atávico, la literatura no presenta un solo tipo femenino de rica complejidad psicológica.

---

Todo esto de la psicología femenina que parece escrito a humo de pajas, por simple vicio digresivo, olvidado el autor del



eje central de su artículo, viene, sin embargo, muy a cuento. Y viene a cuento porque nos lleva a la conclusión de que todas las dificultades que encuentra el común de los hombres para penetrar en los arcanos de la psiquis femenina, existen, sí, pero bastante aligeradas para los estudiantes de esta Facultad, los cuales tienen cerca de sí un "material" de estudio excelente por lo heterogéneo y lo seleccionado. En mi ánimo digo, como diría Don Quijote, que si nuestros panales quedan vacíos no es por falta de flores en el jardín.

---

Nuestras condiscípulas tienen un *cachet* distintivo. La vida seria del estudio las uniforma y las pule de todo coquetismo vacuo. No tenemos el tipo de la locuela, de la coquetita bonita, altanera, vanidosa, insignificante, y no la tenemos porque las mujeres de esa especie, si abrazan el estudio, quedan detenidas en los primeros alambiques. En cambio, son con nosotros algunos espíritus *nuancés*, complejos y peregrinamente femeninos.

---

Alguna vez se me ha ocurrido intentar, es claro que como simple *amateur*, pues que estamos en un país donde hasta los agricultores son *amateurs*, intentar, decía, una excursión o, si se quiere, un paseo a través del espíritu de las chicas más caracterizadas de la casa. Pero he desistido luego porque dado que este pobre VERBUM aparece tan de tarde en tarde, la galería hubiera resultado harto incompleta. Y he desistido, asimismo, porque no convenía exponerse a contundencias femeninas. Y, además, por no sentar juicio de sujeto superficial, pues ocurre que todos los que se ocupan de mujeres son notados de superficiales, como si este estudio no exigiera tanto esfuerzo mental como el estudio de los reflejos de las ranas o el estudio de los movimientos paroxismicos de las amibas.

---

Como dije, si no recuerdo mal, por ahí, lo que sobra en esta casa es material de buena cepa, material apto para la silueta, diría, para la silueta, físico-psíquica, si estas palabrejas no me taladraran los oídos.

Ahí están, por ejemplo: Petrita Alén con su pintoresco dejo

santiagueño y su almita romántica llena de saudades; Beatriz Burbridge, con su aspecto de hermanita de la caridad, su perenne y beatífica sonrisa y un no sé qué de bondad suave y mimosa; Evelia Ciafardini, con suoi bianchi denti e suoi occhi neri di madonna meridionale; Mecha Daus, con su talento escondido, su dulzura nazarena y sus ojos entoldados y tristes de amorosa mística; Julia del Moral, vizvirinda y apicarada como una maja madrileña; María Eugenia Etehegoren, con su vasca honradez espiritual y su aire de madrecita contenta; Gudelia Griffero, con su cara bonita, su espíritu serio, su corazón bondadoso; Lili Kelly, con su fina inteligencia y su silueta fina de *girl*; Gisberta S. de Kurth, con su hermetismo, su frialdad sajona y su admirable estampa de belleza hierática que parece escapada de un dibujo de Gibson; Lilia Lacoste, avec sa grâce câline, sa vivacité parisienne et sa tournure de petite chose charmante; Angelina Moine Carranza, un puñado de sal, unos granos de pimienta, un poco de Málaga y un poco de champagne, volcado el todo dentro de una muñeca morena; Juana Zadoff, con su fresca juventud, su inteligencia clara y sus maneras de personita íntima. Y tantas otras que omito por no seguir desazonando a la gente seria y “científica” de la casa.

Además, existe el elemento nuevo, lleno de promesas y que tendrá a su tiempo, es de esperar, su *croniqueur*, alguna pluma por cierto más aguzada que ésta. Porque las filas siendo, como han de ser, más nutridas, aumentará la emulación y gracias a ella surgirán exponentes estudiantiles más seleccionados. Y serán las filas más nutridas porque ésto fatalmente irá ensanchándose, pese a la letal atmósfera cartaginesa que nos rodea y a la microcefalia de los fariseos que nos niegan. Seguiremos adelante. Todo preanuncia un florecimiento cercano. El cuerpo docente se refuerza con adquisiciones de valía como Rojas, como Jakob, como Ibarguren, como Toro y Gómez. Y algún día retornará Ingegnieros porque “on revient toujours aux premiers amours”. En cuanto a los estudiantes, las aulas están resultando chicas. La caravana aumenta visiblemente. Y es una caravana que cualquier viento no ha de dispersar. Porque se siente invencible, animada por una fuerza interior que levanta su espíritu por encima de los azares de la fortuna. Esa fuerza interior es el quijotismo de la raza que está retoñando en nosotros.

Carmelo M. Bonet.



## Notas

### *SOCIOS PROTECTORES—*

Decididamente nuestro Centro progresa. Poco a poco se va granjeando consideraciones que son un acicate que nos anima en esta obra de solidaridad estudiantil.

En nuestro número anterior dimos cuenta de la valiosa donación que recibimos del doctor Rafael Obligado. Poco tiempo después, el doctor Teodoro Wechsler nos favoreció con una colección de libros, muchos de los cuales tienen un alto valor bibliográfico. Y en el pasado mes de Mayo, nos ha sido grato poder incluir en la lista de los socios protectores, los nombres de los siguientes catedráticos de la casa: doctores Ambrosetti, Cranwell, Capello, Dellepiane, Iburguren, Jakob, Martini, Morel, Obligado, Porchiatti, Toro y Gómez, Wessler, Korn y García.

### *NUEVOS SOCIOS ACTIVOS—*

Han ingresado en calidad de socios activos, en los meses de Abril y Mayo, los siguientes estudiantes:

I. Ruiz, M. E. Schiappapietra, Ch. Aglae, E. Araujo, J. Drodandi García, M. I. Salthou, J. Picollo, P. Marcos, M. Carreras, J. C. Astolfi, F. La Menza, J. Villate de Astier, M. del C. Niño, L. Rovere y Oddino, C. Mosto, M. Brugnoli, M. L. Segré, E. Suárez, O. Bregunte, L. Guillón, A. Carbone, R. Ardisonne, P. Grecco, J. F. Grosso, J. Allende Lézama, J. L. Cosa, E. L. Soulié, C. Fernández, E. Deseo, M. A. Navarro, A. C. Copello, A. Pérez Otero, R. Rabdil, I. Velgré Lamadrid, S. Bizózero, J. Guido, M. A. Guerrero Estrella, L. A. Solares Viaña, S. Bravo, I. García, A. Crivelli, P. San Martín, R. Wernicke, R. Bernardelli, E. Sorsuna, E. Paulsen.

*EL DIRECTOR SE DESPIDE—*

Requerida su atención por ocupaciones absorbentes, el director de esta revista se ve precisado a dejar en otras manos su dirección.

El hecho no tiene en sí la menor trascendencia y seguramente no se harán telegramas a Europa por el asunto. Sin embargo, se imponían dos líneas de despedida no tanto por cumplir con un precepto elemental de urbanidad, cuanto por agradecer en público, poniendo en ello toda su efusión latina, a todos los que lo han acompañado en los dos años y medio de ejercicio con sus colaboraciones o con su simpatía estimuladora. Vaya para todos ellos el más cordial apretón de manos.

